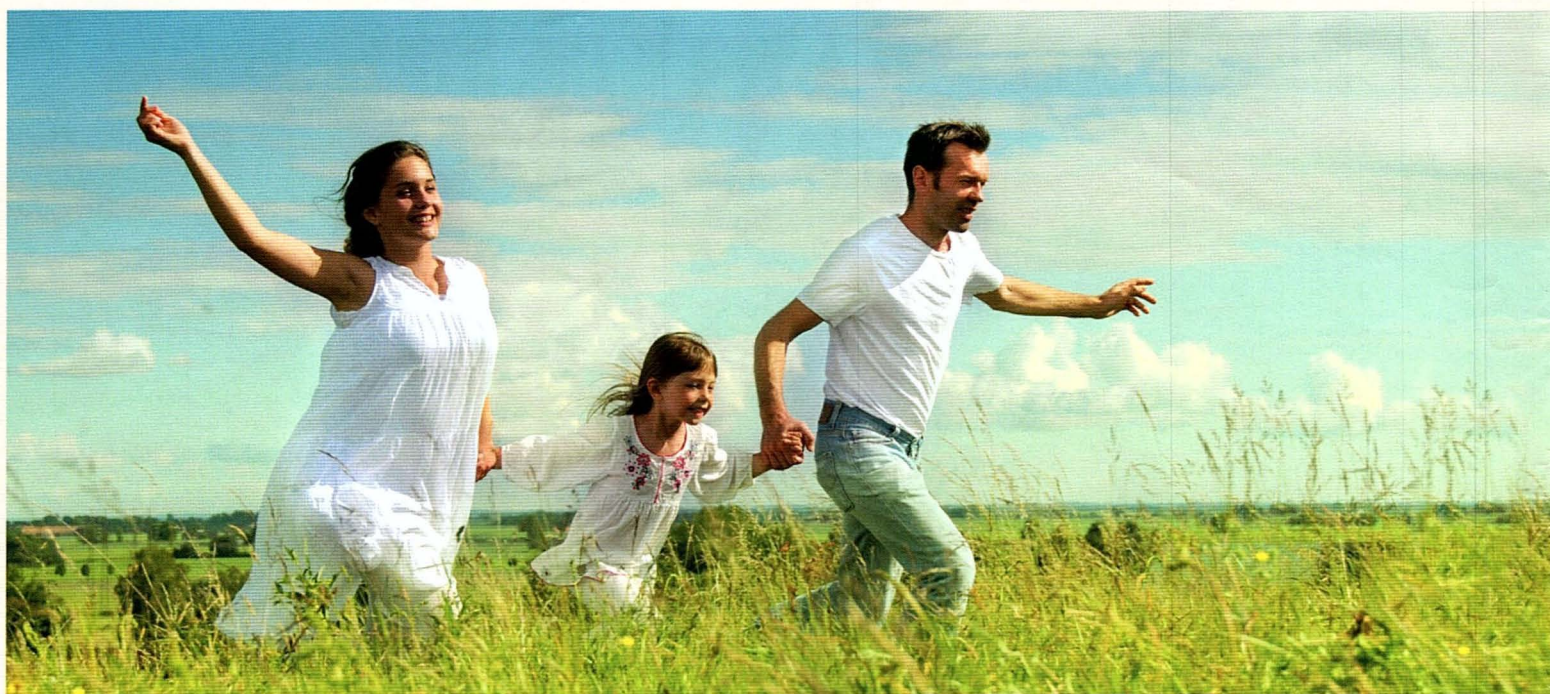


VIDA FAMILIAR

Semana de la Familia: 11-18 de febrero de 2012



CONSTRUYENDO
FAMILIAS CON VALORES



Director de la revista: Antonio Martínez

EQUIPO EDITORIAL:

Coordinación editorial: Esther Amigó

Editora: Raquel Carmona

Diseño y maquetación: Javier Zanuy

Procesos informáticos: Javier Zanuy

Producción: Martín González

Publica: EDITORIAL SAFELIZ

Pradillo, 6 - Pol. Ind. La Mina

28770 Colmenar Viejo, Madrid (España)

tel. [+34] 918 459 877

fax [+34] 918 459 865

e-mail: admin@safeliz.com

www.safeliz.com

Promueve: MINISTERIO DE LA FAMILIA

COLABORADORES:

Sergi Gabril

Joan Llorca

Jesús Calvo

Roberto Badenas

Luis Alberto Fernández

Cornel Serban

José Antonio Ortiz

Daniel Bosqued

Adrian Bocaneanu

Sergiu Eduard Gavril

Año 4 / n° 4

Impresión: AGS

Bell, 3, Pol. Ind. San Marcos

28906 Getafe (Madrid)

IMPRESA EN ESPAÑA

Contenido

- 3** Primer sábado mañana
Importancia de los valores en la familia
- 5** Primer sábado tarde
La amistad
- 8** Domingo
La humildad
- 11** Lunes
El dominio propio
- 14** Martes
La veracidad
- 17** Miércoles
La tolerancia
- 20** Jueves
La espiritualidad
- 23** Viernes
El perdón
- 25** Segundo sábado
Los valores de Dios

Importancia de los valores en la familia

Vamos a adentrarnos en un tema apasionante pero delicado. Apasionante por la riqueza que encierra, delicado porque toca fibras sensibles. Cuando se saca el tema de la familia, uno se encuentra con dos reacciones opuestas: una, positiva; la otra, de rechazo. La primera postura es propia de aquellos que tienen la suerte de disfrutar de una familia estable, consolidada y funcional; la segunda es propia de aquellos que, por diferentes causas, descubren que no tienen familia o que teniéndola no funciona como tal.

Permíteme comenzar con dos ejemplos que serán la puerta de lo que no pretende ser más que una introducción a la interesante temática de esta semana.

Primer caso

¿Cuánto pagarías a alguien que, en este momento, te ofreciera una bolsa de sangre? Muy probablemente no le darías nada. La razón es clara: no la necesitas, y a las cosas que no se necesitan no se les da ningún valor. Pero imagina, que de regreso a tu casa, te informan de que tu hijo ha tenido un accidente en el que ha perdido mucha sangre. En el hospital te indican que necesita urgentemente una transfusión pues de lo contrario, morirá. Tu accedes, pero el problema con el que te encuentras es que tu hijo tiene un tipo de sangre poco corriente, pertenece al grupo AB. El hospital no tiene este tipo de sangre. Piden por radio y con urgencia sangre de este tipo, y se presenta la persona que momentos antes rechazaste. La persona no tiene problema en ofrecerte su sangre, que es la que tu hijo necesita, pero pide dinero a cambio. ¿Cuánto dinero estarías dispuesto a pagar ahora por ella? Estoy seguro que darías todo lo que te pidiese o tuvieses.

Segundo caso

Tienes en tu poder una pluma de oro. Su precio en el mercado es de 12.000 euros. Dime, ¿qué valor le darías a una pluma de oro de 12.000 euros? Aparentemente le darías mucho valor, ¿verdad? Planteemos la siguiente situación. Tu hijo está en el corredor de la muerte, por lo tanto nos situamos en Estados Unidos. Tú como padre, como madre, has pedido clemencia a las autoridades, y la respuesta que te han

dado es que debes estar en un lugar determinado y a una hora determinada para firmar un documento. Te presentas en el lugar indicado y a la hora fijada. Te dan el documento para que lo firmes. Esa es la condición, si lo firmas tu hijo no solo no morirá sino que quedará libre; pero si no lo firmas, tu hijo morirá. Sacan el documento y te piden que lo firmes. Nadie tiene un bolígrafo para firmar. Pero tú estás tranquilo porque tienes una pluma de oro de 12.000 euros. Confiado sacas tu pluma, te dispones a firmar pero para tu sorpresa descubres que tu pluma de oro no funciona, no escribe. Por lo tanto no puedes firmar el documento y tu hijo muere. Dos cosas me interesaría saber, ¿qué valor darías a tu pluma de oro? y ¿qué harías con ella?

Aplicación

Estos dos ejemplos nos muestran dos cosas interesantes.

1. Algo a lo que, en un momento dado, no le damos ningún valor, finalmente descubrimos que no solo es necesario sino imprescindible.
2. Cosas que creemos que valen mucho, a la hora de verdad, no tienen ningún valor porque no funcionan, no sirven.

Si esto lo aplicamos a la familia, observaremos dos realidades que sería bueno tener en cuenta. Hay quien teniendo una familia no la valora, incluso la desprecia; pero un día descubre que la familia es su mayor tesoro, lo que da sentido a su vida, su salvación. Y hay quien valorando mucho su familia y hablando siempre bien de ella, un día descubre que su familia no funciona y, de pronto, tiene que hacer frente a una realidad para la que no está preparado y termina hundiéndose en la más profunda miseria.

Querido lector, no hay cosa peor que tener un tesoro y no disfrutarlo. No hay cosa peor que creer que uno tiene algo cuando en realidad no tiene nada. Las dos situaciones son igualmente frustrantes y dolorosas, y esto es justamente lo que nos puede ocurrir en relación a la familia. Por eso, sea cual sea tu situación y sin prejuicio alguno, piensa en las siguientes preguntas: ¿Qué valor le das a tu familia? ¿La valoras



Jesús Calvo

*Presidente de la Unión
Adventista Española,
licenciado en Psicología.*

en su justa medida? ¿Cuidas los aspectos que hacen que la familia sea eso, una familia, o simplemente la valoras a nivel teórico sin preocuparte de ver si los mecanismos internos funcionan correctamente?

La verificación

Sería bueno detenernos un momento en lo que llamamos la verificación. Verificar es ver lo que uno tiene antes de ponerlo en funcionamiento. Sobre todo, para evitar sorpresas dolorosas. Es de esta manera que antes de hacer un viaje uno debe tener claro dos cosas: primero, que tiene un vehículo donde viajar; y segundo, que ese vehículo funciona correctamente. De la misma manera verificar la familia supone dos cosas: primero, visualizarla; y segundo, constatar que tu familia es una familia de verdad.

Verificar el primer punto es fácil. Tan solo tienes que ver que existe una estructura familiar. ¿Tienes esposa? ¿Tienes hijos? ¿Tienes padres? ¿Tienes hermanos? Si los tienes, puedes afirmar que la estructura existe. Verificar lo segundo es más delicado porque se trata de ver si esa familia que dices tener funciona como tal.

Si la familia es un tesoro, qué importante es saber que tu tesoro está lleno de monedas de oro que valen porque funcionan.

La familia que responde

¿Cómo saber que tu familia es una familia? Hay un aforismo que dice: «Todo lo que sirve, vale; y todo lo que vale es porque sirve para algo». Y otro dirá: «El valor de una cosa depende de las necesidades que queden satisfechas con ella».

Una familia es una familia cuando consigue satisfacer las necesidades fundamentales del ser humano. ¿Y cuáles son esas necesidades? Son muchos los estudios que se han hecho sobre este tema: averiguar cuáles son las grandes necesidades del ser humano que la familia debería cubrir.

Los expertos llegan a la conclusión de que son tres las necesidades fundamentales, imprescindibles para el desarrollo personal y para hacer frente a la vida difícil que nos toca vivir. Estas necesidades son: calor, confianza y apoyo.

- El calor humano se basa en el cariño, las sonrisas y los abrazos
- La confianza consistente en dar oportunidades y creer en la persona.
- El apoyo ante la necesidad, la ayuda adecuada acompañada de la actitud correcta.

Es bueno verificar si en nuestra familia se encuentran estos tres ingredientes porque, tal y como comentan los expertos, son fundamentales para el desarrollo personal y para enfrentar la vida. Sin estos ingredientes, lo que conseguiremos serán personas poco o mal desarrolladas, y personas que tendrán algún tipo de problema frente a la vida.

Objetivo de esta semana

Durante esta semana, vamos a analizar siete temas fundamentales: la amistad, la humildad, el dominio propio, la veracidad, la tolerancia, la espiritualidad y el perdón. Cada uno de estos temas nos ayudarán a poner en nuestros hogares ese calor, esa confianza y ese apoyo tan necesarios para todos.

Mi consejo es que no tires la toalla y puedas seguir la lectura que a lo largo de esta semana se te ofrece. Sin duda que cada día será como aire fresco que te empujará, te ayudará y te animará a luchar por mantener o conseguir una familia que funcione.

Conclusión

A modo de conclusión me gustaría preguntarte lo siguiente: ¿Qué ocurre si descubres que tu familia no funciona? ¿Será motivo de frustración o de desánimo? No debería serlo.

Me encanta cuando voy a la Escritura y veo el mensaje que viene de parte de Dios. Él nos dirá que estamos en el tiempo de la oportunidad. Todavía es posible conseguir aquellas cosas que no tenemos pero que necesitamos. Dios nos habla del tiempo de gracia, y la gracia es el poder que Dios pone a nuestro alcance para conseguir lo necesario. ¿Qué es más necesario que la familia? La gracia nos habla de que es posible alcanzar incluso lo que humanamente es imposible de conseguir. ¿Recuerdas el texto? «*Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios*» (Luc. 18: 27).

Por eso, no te rindas, ponte en las manos del Señor y permite que durante esta semana pueda ayudarte a conseguir lo que tú necesitas como persona: que tu familia sea eso, una familia. Mi mayor deseo es que de tu hogar pueda brotar calor, confianza y apoyo. Que Dios te bendiga. Amén.



La amistad



De entre los muchos valores que conviene cultivar en familia, uno de los más preciosos es la amistad. Porque es a la vez uno de los más valiosos ingredientes de la felicidad, a cualquier edad y durante toda la vida.

Pero, ¿en qué consiste realmente la amistad? ¿Qué quiere decir “ser amigos”? Porque hay muchos tipos y grados de amistad. Hay buenos amigos, amigos y amigachos. Unos son meros vecinos o conocidos; otros son camaradas de clase, compañeros de juegos o colegas de trabajo, y otros no son más que compinches de aventuras. Es importante valorar las diferencias y saber distinguir a los verdaderos amigos de los que no lo son.

Definamos la amistad

La amistad es una forma de afecto personal, noble, desinteresado y compartido entre dos personas. Fomentamos el valor de la amistad aprendiendo a convivir con los demás en armonía y respeto, practicando la forma de aprecio que la Biblia llama *ágape*, en el sentido de ‘búsqueda del bien al otro’ y ‘actitud encaminada a hacerlo feliz’. Amigo es pues alguien a quien queremos y que nos quiere de veras, con quien tenemos un grado elevado de sintonía, afinidad y confianza mutuas, al margen de cualquier interés material, atracción sentimental o relación familiar.

La amistad se manifiesta y se cultiva de mil maneras: una sonrisa que alegra, una mirada que comprende, una palabra que anima, una crítica que construye,

un abrazo que reconforta, un aplauso que estimula, un gesto que apoya. Cuando se cuida bien, la amistad puede seguir creciendo a lo largo de toda la vida.

La Biblia describe bajo la dimensión del amor *ágape* (1 Cor. 13: 4-8) los valores de la amistad verdadera, leal, sincera, transparente, que no juzga ni condena, que sabe perdonar, que no quiere herir ni fastidiar, que no castiga, no amenaza, no se toma represalias, no hace chantaje. En la amistad se aprecian y potencian los valores del otro de corazón, y se expresa el desacuerdo, cuando es necesario, de modo abierto y respetuoso. El amigo puede defraudarnos por debilidad humana, pero no para hacernos mal. Nunca, ni siquiera una vez. Porque entonces la amistad peligra o incluso se acaba. La amistad es franca hasta cuando es heroica. Sabe decir, incluso ante el sacrificio: “No hay de qué”. Si la amistad es verdadera nunca deja de ser. Si no lo es, se desvanece, sin más.

Importancia de la amistad en la pareja

De ahí que la amistad que incluye el amor *ágape* sea tan importante en la constitución de la pareja. Nuestra sociedad ha exaltado tanto el flechazo como base del amor romántico, que ha convertido al enamoramiento –y a menudo a la pasión– en las bases más frecuentes del matrimonio. Ocurre entonces que, dos personas que se casan atraídos el uno por el otro por una fuerza que ignoran y a la que llaman “amor”, pero sin apenas conocerse, en cuanto la vehemencia y la novedad de



Roberto Badenas
Doctor en Teología,
especialista en Filología Bíblica.

la atracción se pasan, ya no encuentran motivos para seguir juntos. Esto se puede evitar a menudo cuando los cónyuges son amigos por encima de todo, ya que la amistad se basta a sí misma para sobrevivir a los avatares de la vida. Pero para ello hace falta saber cultivarla dedicándole el tiempo y las atenciones que requiere. No es de extrañar que en el Cantar de los Cantares, el libro de la Biblia destinado a enseñarnos a amarnos entre esposos, estos se llamen el uno al otro, además de otros piropos, "amiga mía" o "mi amigo" (Cant. 1: 9; 2: 2, 10, 13; 4: 1, 7; 5: 16; 6: 4).

Importancia de escoger los amigos

Cuando somos pequeños la influencia de nuestros amigos es relativa, comparada con la de nuestra familia. Pero a partir de la adolescencia, la influencia de las amistades suele ir creciendo hasta hacerse predominante, con

los riesgos que esto conlleva. El refrán popular de «Dime con quien andas y te diré quien eres», puede resultar en la edad juvenil más verdadero de lo que nosotros quisiéramos, porque la amistad incluye siempre alguna forma de complicidad, que puede ser de gran valor –o muy peligrosa– en la elección de pareja. Por eso la afinidad en lo esencial es tan importante. En realidad, una amistad que no es plenamente recíproca no puede llamarse amistad. Cuando no es correspondida del todo deriva en una relación irregular en la que el que uno se impone al otro. La amistad cabe en muy diferentes circunstancias, pero es más fácil si ambas partes se encuentran en un cierto plano de igualdad.

La verdadera amistad no es posesiva ni exclusiva sino inclusiva. En mayor o menor grado puede compartirse no solo entre dos personas, sino entre más, unidas por la mis-

ma solidaridad, afición o misión, y ser un factor precioso de crecimiento personal. De ahí la importancia que tiene para los jóvenes cristianos el disfrutar de todos los medios que la iglesia pone a su alcance para desarrollar el compañerismo con otros que comparten su fe. La verdadera amistad no exige círculos cerrados ni sufre de celos. Nos sentimos felices de presentar un amigo a otros amigos. La amistad es la forma de amor que más fácilmente respeta la libertad del otro.

Enseñar a nuestros hijos a ser amigos

¿Cómo ayudar a nuestros niños a tener buenos amigos? Apoyándoles en sus relaciones con quienes más les convienen. La Biblia nos enseña que «para tener amigos hay que actuar como amigos» (Prov. 18: 24). Aunque la amistad suele surgir sola, aprender a ser buenos amigos toma su tiempo y, en realidad, es cosa de toda la vida. Hay muchos medios de enseñar a nuestros hijos a ser buenos amigos, pero ninguno será tan eficaz como demostrarles de modo práctico como se comportan los amigos en nuestras relaciones de pareja y con nuestras amistades de fuera del círculo familiar. Será muy útil, además:

- Mostrarles las ventajas de llevarse bien y buscar la conciliación con sus compañeros, evitando peleas.
- Ayudarles a saber perder sin enfadarse (hay buenos juegos de sociedad que preparan para las múltiples derrotas y escasas victorias de la vida).
- Estimularles a descubrir el gozo de compartir sus juguetes con los demás.
- Enseñarles a ocuparse de los niños de nuestros invitados para que se encuentren a gusto en nuestra casa.
- Preocuparse por sus compañeros enfermos y visitarlos o enviarles algún mensaje de ánimo.
- Hacer algo útil en beneficio de alguien que lo necesita: ayudar a hacer los deberes a un amiguito que tiene dificultades, animar al compañero que está triste o pasa por problemas familiares, etcétera.
- Celebrar los logros positivos de los demás.
- Invitar a algunos compañeros a jugar o a pasar la noche en nuestra casa, con el permiso de los padres implicados.
- Demostrar su afecto hacia otros niños con algún pequeño regalo en sus cumpleaños, etcétera. Los pequeños gestos de atención son el material con el que se construyen las mayores amistades.





Enemigos de la amistad

También es importante que aprendamos cuanto antes que la amistad, como todas las relaciones humanas, tiene enemigos y riesgos. Toda relación es frágil por naturaleza, y todos corremos el riesgo de sufrir cuando confundimos la amistad con otra cosa, o cuando no ponemos en práctica las más elementales reglas del juego. Entre los riesgos de la amistad conviene tener en cuenta los siguientes:

1. **El afán de dominio.** Querer, a toda costa, ganar siempre, ser más que el otro, mandar o sobresalir en lo que sea, es una manera rápida de perder amigos. Porque eso casi siempre conlleva ofender, humillar, rebajar o hacer daño. El amigo verdadero nunca hace eso, no habla mal de sus amigos, ni consiente que se los calumnie en su presencia, aunque a veces discrepe de lo que hacen y se lo haga saber.
2. **La falta de sinceridad.** El amigo es claro, franco, transparente. En él no hay duplicidad. Lo que nos dice es lo que siente. No nos engaña. Podemos tenerle confianza. Perder la confianza del otro es perder su amistad. La Biblia ya nos advierte que «*Quien anda con cuentos se queda sin amigos*» (Prov. 16: 28).
3. **La envidia.** Es importante aprender cuanto antes que la envidia es uno de los sentimientos más destructores de la amistad. El amigo de verdad «*no tiene envidia*» (1 Cor. 13: 4).

Pero esto no es fácil de aprender cuando se es todavía un niño. Desear lo que otro tiene parece inevitable, pero eso impulsa a querer quitárselo, a pasar a alguna forma de agresión; es decir, a desear el mal del otro, lo cual es incompatible con la amistad. Además de ser un sentimiento mezquino, que rebaja, humilla y denigra, es uno de los que más hacen sufrir al que la siente.

4. **El interés.** No siempre es fácil reconocer a los verdaderos amigos en una sociedad tan materialista como la nuestra. La Biblia ya nos advierte de que la abundancia atrae muchos falsos amigos y la escasez los espanta (Prov. 19: 4, 7). El verdadero amigo es generoso, y no se aprovecha ni abusa de nosotros. Al amigo le ayudamos desinteresadamente y le hacemos los favores que podemos. Tanto el interés egoísta como el sentirse utilizado son sentimientos destructores de la amistad. Por eso conviene aprender a dar, pero a la vez a no abrumar con regalos, porque si lo hacemos suscitamos la necesidad de retribuir, y creamos obligaciones de gratitud que pueden ser demasiado gravosas para el otro y, por consiguiente, amenazadoras de la buena amistad.

Jesús nos enseña a ser mejores amigos

Jesús es el mejor modelo de amigo posible, tanto para nosotros como para nuestros hijos.

«*Acogeos los unos a los otros como también Cristo os acogió*» (Rom. 15: 7). Cuanto más en comunión vivimos con él y más de cerca seguimos sus enseñanzas, mejor aprendemos a ser buenos amigos. «*Seréis amigos míos si hacéis lo que os mando*» (Juan 15: 13-15). «*Os llamo amigos porque os he comunicado todo lo que he oído de mi padre. No me elegisteis a mí, fui yo quien os elegí*» (vers. 16). Jesús quiere que sus discípulos sean también sus amigos, compartir con ellos una relación de compañerismo y una intimidad de comunión que son el corazón de la amistad verdadera.

Jesús no enseñó ideales abstractos, lejanos e irrealizables. Recelaba de los fanatismos y desconfiaba de los excesos sentimentales. Por eso daba tanta importancia a la amistad, por su autenticidad. En la amistad no podemos proclamar una cosa y hacer otra. Es probable que no haya ninguna otra relación humana que tolere menos la exageración, la palabrería o la hipocresía. En la amistad se respetan los pactos, se gana la confianza. Se está presente al lado del amigo en el momento necesario.

Los cristianos podemos cultivar en familia el valor de la amistad practicándolo en el interior de la pareja y con nuestros hijos, así como con nuestra manera de tratar a nuestros amigos y a los de nuestros hijos. Si aceptamos además unos y otros ser amigos de Jesús, entonces habremos conseguido todos tener amigos para siempre.



La humildad

vez que hayan fallado estas personas. En su humildad, han aprendido a depender de quien siempre los sostiene a lo largo de toda su vida.

La humildad: ceder mi vida a Jesús

La persona humilde es aquella que actúa como tal más que de una forma superficial. La auténtica humildad comienza en su pensamiento. Es decir, tiene su origen en la opinión humilde que uno tiene de sí mismo, reconociendo su dependencia y su sometimiento a la dirección de Dios. La humildad genuina se manifiesta en la persona que guía sus pasos por el camino que Dios traza, en lugar de ir por donde uno cree que debe hacerlo. El creyente no dirige su vida por donde él piensa que más le conviene, sino que somete su voluntad y dirección por donde el Señor le indica.

Es como un tándem (bicicleta para dos), en el que la dirección a seguir depende de quien va sentado delante. En el caso del humilde, cede el lugar delante al Señor, por lo que la dirección y el destino final dependen en todo momento de quien dirige. ¿Te has preguntado quién está dirigiendo realmente tu vida? No, no respondas con una respuesta hecha. Creo que ha llegado la hora de analizar de forma sincera nuestra vida de relación con el Señor. Y en estos últimos tiempos de la historia de nuestro mundo, la respuesta a esta importante pregunta adquiere una dimensión preocupante para el pueblo de Dios. ¿Quién está dirigiendo mi vida? ¿Se está evidenciando en ella el fruto auténtico del Espíritu Santo? ¿Lo percibe mi familia? ¿Lo percibe claramente la iglesia? ¿La gente con la que me relaciono ve en mí algo especial? ¿Ven en mí a Alguien especial?

Tal vez uno de los conflictos más difíciles de resolver en uno mismo sea desarrollar un carácter equilibrado que nos permita mantener unas buenas relaciones con aquellos que tenemos más cerca, de forma especial, con nuestra familia.

Elena White escribió: «Tendréis que aprender la importante lección de lo que significa ser un hombre a la vista de Dios. Implica ser semejante a Jesús, manso y humilde de corazón, y guardar los intereses del prójimo más sagradamente que los propios [...]. Esto debiera llevarse a cabo en la vida y la conducta diaria [...] en la escuela de Cristo» (Carta 16, 1886).

La humildad siempre ha sido el “vestido” de aquellos que buscan y siguen al Señor. Por eso, el apóstol Pablo declaró: «Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad y de humildad [...] soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tiene queja contra el otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros» (Col. 3: 12-13). Esto es lo opuesto a la presunción o al orgullo; lo opuesto al control del otro.

Siempre he tenido miedo de aquellas personas que se ofrecían manifestando con seguridad: “Yo lo sé hacer bien”. En cambio, me he sentido mucho más tranquilo cuando alguien ha aceptado el desafío de algo, reconociendo su incapacidad, pero poniendo su vida en las manos del Señor. No ha habido ni una sola



Luis Alberto Fernández
Secretario ministerial,
licenciado en Teología.

Humildad en la familia

Tal vez uno de los textos más claros de la Escritura sea este: *«Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros»* (Fil. 2: 3-4).

Si bien este texto no se aplica directamente al matrimonio, puede ser perfectamente usado en relación al mismo y a la vida de nuestras familias. Hay ocasiones en que mostramos una total falta de humildad, esperando demasiado de los demás mientras mantenemos una elevada opinión de nosotros mismos. Los judíos oraban cada mañana diciendo: «Te doy gracias, Señor, porque no me hiciste gentil, ni esclavo, ni mujer». O como bien refleja la Biblia: *«Te doy gracias, Señor, porque no soy como ese publicano. Yo ayuno, yo oro, yo [...]». Y el publicano, sentado atrás, no se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Señor, sé propicio a mí, pecador»* (Luc. 18: 9-14). La falta de humildad lleva a considerar a los otros inferiores a uno mismo. Por lo tanto, el alto concepto que un judío llegaba a tener de sí le hacía imposible pensar que el evangelio pudiera llegar a otros que no fueran como él, de su casta, de su estatus, de su raza.

En la familia puede sucedernos lo mismo: «Mi opinión es la importante, y todo lo que no sea como yo lo digo carece de interés para mí».

¿Sabéis cómo actúa la hembra de rinoceronte para seleccionar al macho? Como es corta de vista, cuando ve a su galán, lo primero que hace es retroceder. Después lo ataca a cincuenta kilómetros por hora, lo golpea de lado y lo derriba. Ella, entonces, se acerca y lo pisa. Y mientras el macho está literalmente magullado y sangrante, recibe el mensaje: «¡Ella me ama!»

Hay algunos que actúan como la rinoceronte, pensando que no importa la forma de alcanzar el objetivo, siguen adelante en su propia opinión, aunque esto pueda producir dolor y sufrimiento en los suyos.

Esto es contrario al principio bíblico expresado en el texto. Cuando creo que yo siempre tengo la razón, y la mantengo por encima de las opiniones de los demás, estoy manifestando vanagloria, y no la humildad que debiera caracterizarme.

Esta situación puede afectar de forma muy directa a las relaciones familiares, especialmente cuando hay que tomar decisiones. ¿Quién toma las decisiones en la familia?

«Evidentemente yo, para eso soy el cabeza de familia», piensan algunos. ¿Quién las debe tomar? Dios tiene en el matrimonio a dos personas por medio de las cuales se han de tomar las decisiones, y no solamente a través de uno de ellos.

Hay quienes creen tener siempre la razón, la respuesta correcta; piensan que sobresalen entre los demás. Y todas estas actitudes afectan a la familia. Cuando uno de los cónyuges carece de la humildad suficiente para reconocer la opinión del otro, entonces surgen los problemas.

Cuando hablamos de humildad, nos estamos refiriendo también al valor que debemos dar a las personas que rodean nuestras vidas. Por eso, la única manera de vencer el concepto de superioridad que pudiéramos tener respecto a los otros, consiste en humillarnos delante de Dios, para poder vivir *«estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo»* (Fil. 2: 3-4). No mirando lo suyo propio, sino a los demás por lo que valen también delante de Dios.

No podemos pretender que las personas vivan en torno a nosotros. Cada creyente es llamado a vivir para los demás, observando la felicidad que nosotros podemos y debe-

mos producir en ellos, apreciándolos tal y como son; respetándolos en sus diferencias, etcétera.

El auténtico creyente vive buscando oportunidades para servir, para desarrollar el compañerismo, produciendo relaciones fructíferas con aquellos que son vistos por Dios como iguales a nosotros; personas a las que también el Señor quiere alcanzar con su salvación, como lo ha hecho contigo y conmigo.

No esperemos mucho de los demás. No esperemos nada. Esperemos todo de nosotros hacia nuestro cónyuge, hacia nuestros hijos, hacia nuestros hermanos en la iglesia. Esperemos todo de nosotros hacia aquellos que necesitan de nuestra ayuda, de nuestro apoyo, de nuestras oraciones. ¡Cuánto cambiarían las cosas en nuestros hogares si cada uno aplicáramos este principio!

Lamentablemente, el orgullo muchas veces lleva a los miembros de las familias a no ceder en sus opiniones personales, a imponer sus ideas a los demás considerando que las suyas son mejores que las que los otros tienen. En la mayor parte de las ocasiones, termina por producir heridas que muchas veces llevan años sanar.



Fomentando la humildad en la familia

Mediante diversas actitudes, podemos fomentar la humildad en la familia:

- Respetando la opinión de los demás.
- Practicando una escucha atenta cuando los demás opinan sobre algo.
- Reconociendo nuestras equivocaciones ante el cónyuge.
- Pidiendo perdón a nuestros hijos cuando nos equivocamos.

Aprendiendo de la humildad de Jesús

Es necesario seguir la enseñanza de Jesús cuando dijo: «Aprender de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mat. 11: 29).

Esto es vital para cada creyente, para cada miembro de la familia: aprender de Jesús a ser mansos y humildes; pero de todo corazón, permitiendo que los demás opinen incluso acerca de las cosas que nosotros también hacemos mal.

También es humildad poder opinar acerca de los errores de los otros. Pero, ¡cuidado! «Si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerando a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Gal. 6: 1). Cuántas veces en nuestra familia o en la iglesia algún miem-

bro no acepta la corrección, nuestro consejo u opiniones, no porque no las desee, sino porque la forma hiriente como lo hacemos no corrige sino que producen dolor y sufrimiento en ellos. Por eso, si has de corregir, hazlo, pero «considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado». Tratemos a los demás como nos gustaría ser tratados nosotros mismos.

Conclusión

Sí, necesitamos humildad para saber vivir en familia, respetando la individualidad de cada miembro de la casa. El esposo no debe intentar cambiar a la esposa, ni viceversa; ninguno de ellos es mejor que el otro. Con frecuencia se acusan: «¡Ya habló el santo!», o «¡Vaya, lo dijo la santurrona de la casa!». Somos sencillamente distintos, pero ninguno es mejor que el otro.

La convivencia familiar puede resultar muy difícil cuando la otra persona no es humilde, cuando cree tener siempre la razón, cuando no acepta consejos de nadie (porque piensa que jamás se equivoca), cuando no admite sus errores o cuando no sabe decir las cosas erradas de los demás con amor, con tacto, con delicadeza, sin herir... Y si ambos cónyuges carecen de la humildad necesaria, aumenta el riesgo de tener un matrimonio infeliz.

La humildad ha sido y sigue siendo un signo de grandeza porque nos permite ser dignos de confianza, flexibles y adaptables. En la medida en que uno se vuelve humilde, adquiere verdadera grandeza en el corazón de los que nos observan. El humilde hace el esfuerzo de escuchar y aceptar a los demás, aunque sean diferentes a nosotros.

En el programa educativo “Valores para vivir”, respaldado por la UNESCO y por UNICEF se declara: «Una persona humilde puede hacer desaparecer la ira de otra con unas pocas palabras. Una sola palabra dicha con humildad tendrá el significado y la fuerza de mil palabras». ¿Os recuerda algún texto de la Biblia? «La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor» (Prov. 15: 1).

Elena White escribió: «La humildad del corazón, esa mansedumbre resultante de vivir en Cristo, es el verdadero secreto de la bendición. “Hermoseará a los humildes con la salvación”» (DM 18, 20).

Es hora de tomar decisiones. Es hora de entregar nuestras vidas a Dios y consagrarnos para vivir en la humildad de Cristo, dentro y fuera de nuestras familias. Es hora de imitar a quien se humilló hasta la muerte por aquellos que no merecíamos nada. Es hora de caer de rodillas, arrepentidos, y confesar nuestros pecados ante Dios.



El dominio propio

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Bueno, ya está, ya me he calmado. Ahora sí que puedo enfrentar la situación. Uno de los consejos que se dan ante una situación tensa, de enfado es no reaccionar de forma rápida, o “en caliente” sino que hay que contar hasta diez y hablar después. Pero, ¿de verdad es tan fácil? ¿Basta con contar hasta diez, o hasta... para poder controlar las emociones, los sentimientos y no reaccionar de una forma exagerada? La cualidad que nos ayuda a hacer frente a estas situaciones se llama dominio propio. Es por esto que, personalmente, no creo que baste con contar hasta diez, o hasta cuanto sea, para controlar estas situaciones tan complejas.

¿Qué es el dominio propio?

El dominio propio es la capacidad que nos permite controlar, nuestras emociones, nuestro pensamiento, nuestras actitudes, a nosotros mismos, y no dejarnos controlar por los diferentes impulsos interiores o exteriores. En otras palabras, somos nosotros los que debemos vivir la vida y no la vida la que “nos viva” a nosotros.

La palabra griega *egkrateia*, empleada por el apóstol Pedro en 2 Pedro 1: 6, que algunas versiones de la Biblia traducen como ‘templanza’, tiene un significado mucho más profundo del que normalmente se asigna a este término. Usualmente, la palabra “templanza” se aplica a los hábitos de moderación en relación con la comida y la bebida. No cabe duda de que este es parte de su significado, pero el sentido en el griego es mucho más amplio. De hecho, la palabra griega empleada por el inspirado apóstol significa propiamente ‘dominio propio’ (como en la versión española Reina-Valera), y transmite la idea de uno que tiene el dominio de sí mismo de forma habitual y que sabe gobernarse a sí mismo.

El dominio propio en la familia

¿Nos podemos imaginar una familia donde, frente a cualquier situación adversa, nadie pierde nunca los nervios y todos saben reaccionar bien, donde los niños saben controlar el tiempo para el juego y para los deberes, o no pasarse con los dulces? Bueno,

esto sería el cielo. Sin embargo, es en la familia donde más se necesita esta cualidad y donde a veces se observa más su falta. Decíamos antes que nosotros tenemos que ser los dueños de nuestras vidas. Lo mismo pasa con la familia. Los miembros de la familia son los que tienen que ser los dueños de la vida familiar. No podemos dejar a nuestra familia a mer-



Cornel Serban

Licenciado en Teología y
máster en Relaciones Familiares.

ced de los fuertes vientos de la ira, o dejarla caer en el pozo del chismorre; ahogándose en las aguas turbias llenas de malas palabras, de malos pensamientos, de envidia. No podemos dejar a nuestra familia alimentarse de “las últimas ofertas” de un mundo que es cada vez más materialista, más consumista.

La vida significa más que meramente vivir por un espacio de tiempo. Es una escuela en la cual los padres son los primeros instructores en el arte del dominio propio. Si los niños aprendiesen desde temprano a tener dominio propio, por un esfuerzo común entre los padres, la escuela y la iglesia, nos ahorraríamos muchas tristezas.

Pero, ¿somos capaces de tomar las riendas de nuestras vidas, manifestando un dominio propio sano? Con solo nuestros esfuerzos no conseguiríamos gran cosa.

La cadena del éxito

Os invito ahora a que volvamos al pasaje de 2 Pedro 1, de donde ya hemos leído el versículo 6. Si leemos a partir del versículo 5 y seguimos hasta el 8, nos situamos en el contexto inmediato del versículo, y así nos damos cuenta de que el dominio propio es parte de una cadena de virtudes que el cristiano tiene que ir adquiriendo una vez que se adentra en su experiencia cristiana. Antes de empezar la cadena, en los versículos 3 y 4, se nos presenta cómo se puede llegar a tener

todas esas virtudes: *«todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder»* y *«por medio de esas cosas nos ha dado preciosas y grandísimas promesas»*. Esta es la base para que podamos poner *«toda la diligencia para añadir a vuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor»*.

El dominio propio es parte de un conjunto y, por lo tanto, si queremos tener un dominio propio saludable, tenemos que cuidar nuestra fe, nuestro conocimiento de la Palabra y nuestra paciencia, y esto nos conducirá a tener un verdadero amor.

¡Qué importante lección nos da Pedro! Esta cadena de hechos que acaba en el amor tiene que ser “adquirida” por cada joven que se quiere casar. No puedes llegar a decirle a la otra persona “te quiero” si, al mismo tiempo, te enfadas por cualquier motivo, o manifestas signos de nerviosismo cada vez que las cosas no funcionan de la forma que tú quisieras.

El amor está al final de la cadena. Cuando vayas a declarar tu amor a alguien, anteriormente debes haber desarrollado la confianza con esta persona, cultivando tus virtudes, mostrando paciencia y afecto fraternal, y,

sobre todo, habiendo alcanzado un dominio propio bien enraizado.

Esta es la base; sobre esto se puede construir. Y el dominio propio debe seguir desarrollándose, fortaleciéndose mientras la relación avanza.

Fortaleciendo el dominio propio

Desde la infancia

Desde pequeño, el niño hace una serie de gestos a través de los cuales manifiesta la intención de controlar a los demás. Tenemos que reconducir cada situación con delicadeza, de tal forma que aprenda a controlarse a sí mismo. Ayudaría mucho al niño ver en sus padres un ejemplo de cómo manifestar el dominio propio. No se le puede pedir al niño que se controle mientras el padre manifiesta su descontento con algunas cosas dando voces, o expresando sus críticas hacia personas que no están presentes, o picando todo el día lo que encuentra en el frigorífico. Un buen ejemplo es el mejor aliado en la tarea de enseñar a nuestros hijos el dominio propio.

El dominio propio y la aplicación de la disciplina

No todos los problemas que nuestros hijos generan son simples faltas; algunos son verdaderamente serios. Cuando nos encontramos con un problema grave de comportamiento, la primera reacción es enfadarnos mucho, y la siguiente acción es administrarle una disciplina severa para que entiendan que eso no se hace. El problema aparece cuando nos dejamos dominar por los nervios, porque entonces la disciplina que administramos es percibida más como una descarga nerviosa que como un deseo de corregir el mal comportamiento. Así que se intenta corregir la falta de dominio propio del niño (que ha originado el problema) con una falta de dominio propio nuestra. A corto plazo, se ha hecho algo; pero, a largo plazo, perdemos porque lo que queremos es no solo corregir los problemas sino, al mismo tiempo, fortalecer el dominio propio.

Control de los pensamientos

La pérdida del dominio propio no es algo innato en nuestro ser. Se adquiere a lo largo de la vida y se origina, por lo general, en



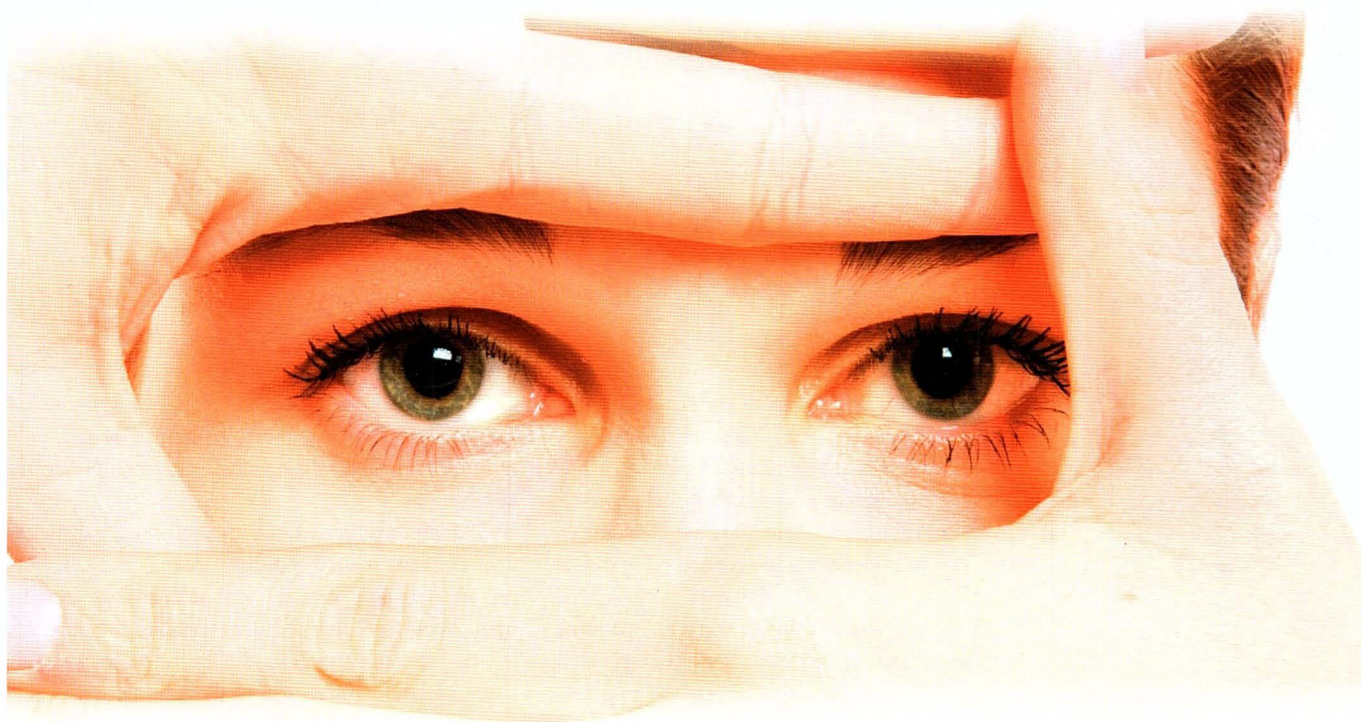
el deseo de que todos sean como nosotros, con nuestras mismas reacciones y comportamientos. Por un lado, una esposa puede querer controlar los deseos de su esposo, y que él piense como ella; por el otro, el esposo puede querer lo mismo. Por eso es imprescindible controlar nuestros pensamientos, y nuestros deseos. Poner nuestra voluntad a disposición de Jesús, meditando en la vida que él vivió aquí en la tierra, viendo como consiguió evitar dejarse llevar por los sentimientos, enfrentando con paz y sabiduría cada situación que le era hostil.

gente. A través de la oración podemos pedir que el Espíritu Santo nos guíe a ejercitar el domino propio, tanto a nivel personal para no caer frente a los “intrusos” que nos pueden hacer daño a nivel individual (comer a destiempo, comer demasiado o cosas que no son muy sanas), como a nivel de familia para que no se vea afectada la paz y la armonía que tienen que reinar en nuestros hogares.

Tener los «ojos en la cabeza»

Todos los estímulos exteriores, que nos perturban el equilibrio y que nos condu-

Desgraciadamente, a veces la pérdida de domino propio es considerado algo normal, e incluso un signo de carácter o de positiva vehemencia. ¡Qué bien puede sentirse una novia cuando su novio pelea con todo el mundo para defenderla, haciendo incluso uso de la violencia! Para ella es una muestra de amor, de valentía y de carácter. Pero cuando más tarde esas mismas actitudes llegan a ir en contra de ella, el amor desaparece, la valentía se transforma en cobardía y el carácter se queda desnudo, exponiendo a la vista de todos los males que lo componen.



Cuando empiezas esta lucha contra los malos pensamientos, nadie te garantiza que no vas a tener ningún pensamiento malo, que no aparecerá el enfado con tu cónyuge, que no surgirá ningún disgusto; pero, tomando a Cristo como ejemplo y pidiendo su ayuda, esto no se transformará en hostilidad, rabia o incluso agresividad.

El dominio propio es parte del fruto del Espíritu

«En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. No hay ley que condene estas cosas» (Gál. 5: 22, 23). Los dones y el poder que Dios confiere a sus hijos no se fortalecen por sí solos, sino que deben ser avivados por la gracia de Dios mediante la fe, la oración y la obediencia dili-

cen a perder el dominio propio, llaman a la puerta de nuestro ser a través de nuestros sentidos. Es muy interesante la conclusión a la que llega Eclesiastés en el capítulo 2, cuando dice que el sabio tiene «sus ojos en la cabeza» (vers. 14, RV60), después de decirnos en el versículo 10 que «no negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni privé a mi corazón de placer alguno». Después de alimentar sus sentidos con todo lo que ha deseado, se ha dado cuenta de que los ojos están en la cabeza no solo por su posición, y que tienen que estar sujetos a la razón, al igual que los restantes sentidos. Parafraseando Eclesiastés podemos decir que los esposos deben tener sus ojos en la cabeza, no dejándose llevar por los sentidos, y transmitir esto mismo también a sus hijos.

En realidad la pérdida del domino propio, llevado a su extremos, tiene incluso efectos perniciosos sobre lo físico y lo psicológico. Por el otro lado interfiere en las relaciones personales, por ser un obstáculo en la comunicación, y favorece la culpabilidad y la depresión.

Conclusión

Puedo concluir que no estoy muy seguro de que contar hasta diez, o más, pueda ayudar en algún caso. A lo mejor sí ayuda en algo, pero estoy seguro de que, como esposa o como esposo, como miembro de la familia de Dios, tú tienes que contar con Jesús en tu vida como una experiencia renovadora cada día. Él nos invita, queridos esposos, queridas esposas: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mat. 11: 29).

La veracidad



El Dr. Amauri Castillo, en su libro *Una vida feliz*, habla de los efectos de ocultar conscientemente la verdad, haciendo algunas declaraciones que seguidamente exponemos y explicamos sucintamente: «La verdad nos hace libres y la mentira nos convierte en esclavos»; esto es evidente porque cuando no se dice la verdad, se pierde de vista el sentido correcto y justo de la vida. Al mentir, como «se distorsiona o niega a plena conciencia la realidad», el individuo se siente culpable en su fuero más íntimo. Consecuentemente, «la culpabilidad perturba la espiritualidad», alimentando un sentimiento de angustia que se manifiesta en la inquietud de tener que enfrentar la verdad.

La angustia «tiene el grave problema de que no se puede desterrar» porque se genera en lo más íntimo de la persona misma, sin que exista otra solución que no sea la de corregir y... decir la verdad. Para enmendar se requiere integridad y nobleza, pero como el que miente carece de esas virtudes, «los sentimientos negativos internos afectan su intelectualidad» y pueden llegar a causar estados de neurosis productores de estrés que, finalmente, pueden afectar su salud integral. La mentira es una forma de violencia contra la propia esencia de la individualidad.

El Dr. Castillo sigue diciendo: «los efectos de mentir suelen ser graves y acumulativos», especialmente para nosotros mismos al generar estados neuróticos de diversa índole. En nuestro mundo íntimo personal, donde nadie se puede engañar, sentimos que se están traicionando principios fundamentales del buen vivir. El no poder mirar frente a frente a quienes se miente,

el estar acomodando siempre las palabras al escenario de la mentira, hace que nos sintamos incapaces de afrontar la realidad y eso «afecta gravemente nuestra autoestima».

Ocultar la verdad «es factor perturbador de la necesaria salud mental y física». Asimismo, consigue que los demás pierdan su confianza en nosotros. La mentira es una enfermedad soportable; sin embargo, es una patología que, al producir efectos nocivos, nos daña integralmente, por lo cual es antinatural ya que no fuimos diseñados para la enfermedad sino para la salud, la cual es una condición indispensable para ser felices. La mentira es además contraria al amor porque Dios es amor y verdad; como consecuencia, al mentir se transgrede esa fuerza intangible que une a la humanidad representada por el amor de Dios (cf. 1 Juan 4: 8 y 16).¹

La «veracidad» como pilar fundamental de la vida cristiana

Las cosas no pueden ser de otro modo, porque debido a que «la ley de Dios es una revelación de su voluntad, un trasunto de su carácter [...]». Ni un mandamiento ha sido anulado; ni un punto ni una tilde han sido cambiados. Dice el salmista: «¡Hasta la eternidad, oh Jehová, tu palabra permanece en el cielo!» «Seguros son todos sus preceptos; establecidos para siempre jamás» (Sal. 119: 89; 111: 7-8, VM).² La Escritura no permite poner en duda el valor de la veracidad. Es clara, precisa, concluyente: Dios es «Dios de verdad» (Sal. 31: 5; Isa. 65: 16); Cristo es «la verdad» (Juan 14: 6); el



José Antonio Ortiz
Profesor de Teología,
máster en Educación.

Espíritu Santo es «*Espíritu de verdad*» y guía a «*toda la verdad*» (Juan 16: 13); la Palabra de Dios es «*es verdad*» (Juan 17: 17); y la ley de Dios es «*la verdad*» (Sal. 119: 142).

Actuar en oposición a la verdad, intentar ocultarla, modificarla o tan solo disimularla, nos recuerda la escena del Edén, cuando fueron engañados nuestros primeros padres, Adán y Eva. Entonces se escuchó la primera mentira en la historia de nuestro mundo (cf. Gén. 3: 4). Provino del corazón de quien fue llamado por Jesús «*padre de la mentira*» (Juan 8: 44), el cual es reconocido en la Escritura como el principal activista en el ocultamiento y falseamiento de la verdad, en su intento de engañar «*al mundo entero*» (Apoc. 12: 9).

El planteamiento bíblico, en relación con el ser humano, se establece en torno a una idea fundamental: «el hombre es el ser constitutivamente abierto a Dios».³ Cualquier actuación que se distancie

de su voluntad o tienda a hacerlo, el intento de vivir de forma independiente de Dios no solo bloquea todo intento de realización personal, sino que afecta negativamente la salud integral del individuo. «La idea medular que recorre la visión bíblica del hombre es que este está hecho de tal suerte que solo en la dependencia de Dios puede realizarse como persona humana».⁴ Es decir, en el marco de la autenticidad y de la veracidad.

Algunas declaraciones de Elena White afirman este pilar de la vida cristiana: «Cristo ordena que haya veracidad en todas las relaciones de la vida. "Todo cuanto hacen los cristianos debe ser transparente como la luz del sol"».⁵ El trato justo entre los seres humanos exige veracidad: «La obediencia a la ley de Dios es el gran incentivo para la laboriosidad, la economía, la veracidad y el trato justo entre los

hombres».⁶ En las relaciones familiares y en el trato con los niños: «No permitáis que penetre en el hogar nada que se parezca a contienda o disensión. Hablad con amabilidad. Nunca se eleve vuestra voz hasta ser áspera. Conservad la calma. Desechad la censura y toda falta de veracidad [...]. Sed pacientes con ellos en sus pruebas, que pueden pareceros pequeñas pero son grandes para ellos».⁷

Los padres deberían ser modelos de veracidad

De acuerdo con el Dr. Julián Melgosa, «se ha comprobado que cuando los jóvenes tienen la oportunidad de observar la conducta de los demás, tienden a llevarla a cabo ellos mismos».⁸ Seguidamente, explica de forma sucinta el resultado de un estudio en el que se creó una situación contradictoria para observar qué tenía más poder, si el ejemplo o las palabras. En primer lugar, el modelo presentó una charla en la que explicaba lo positivo que era hacer una donación a las organizaciones de beneficencia. Cuando llegó el momento de hacer la donación, este mismo modelo no contribuyó con nada. En este caso, los observadores imitaron la conducta del modelo. Cuando se les ofreció la oportunidad de ayudar con algo de dinero, tampoco contribuyeron. En segundo lugar y de forma alternativa, otros jóvenes imitaron la conducta de un modelo que, sin haber invitado a hacer alguna donación, el mismo compartió su dinero.⁹

No hay duda de que Elena White está muy en lo cierto, cuando dice: «Los padres deberían ser modelos de veracidad, porque esta es la lección diaria que debe imprimirse en el corazón de los niños. Principios inmovibles deberían dirigir a los padres en todas las ocupaciones de la vida, especialmente en la educación y ense-



ñanza de sus hijos». ¹⁰ En caso contrario, las consecuencias pueden ser muy negativas en la formación de los rasgos de carácter: «Una madre que carece de discernimiento y que no sigue la dirección del Señor, puede educar a sus hijos para ser engañadores e hipócritas. Los rasgos de carácter, estimulados de esta manera, pueden hacerse tan permanentes que mentir será tan natural como respirar. El fingimiento se tomará por sinceridad y realidad». ¹¹

La ley de la siembra y la cosecha mencionada por el apóstol Pablo, tiene una relevancia muy destacada en este caso: «No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gál. 6: 7). Parece demasiado evidente que esta ley se cumple de forma inexorable tanto en relación con el engaño como con la veracidad; la siembra de los padres en las relaciones familiares producirá su correspondiente fruto en función de la semilla sembrada. En este sentido, la autora citada nos dice: «La obra de los padres es sembrar la buena semilla diligente e incansablemente en el corazón de sus hijos, ocupando sus corazones con una semilla que dará una cosecha de hábitos correctos, de veracidad y obediencia voluntaria». ¹²

Algunas pautas de conducta para los padres

Si se pretende forjar en las nuevas generaciones el principio de la veracidad, tendremos que crear un clima de autenticidad y veracidad en torno a nuestras propias actuaciones y modelos de conducta.

1. **Crear un clima que favorezca la verdad.** Una actuación verdaderamente cristiana y responsable por parte de los padres, en

un marco de amor y confianza, tenderá a evitar cualquier tipo de inclinación por parte del niño a ocultar la verdad.

2. **Analizar las causas por las que el niño tiende a ocultar la verdad.** Es necesario comprender los motivos que impulsan al niño a no expresarse de forma sincera y veraz. Es importante buscar las causas teniendo en cuenta el hecho de que el punto de vista del niño no siempre coincide el de los adultos.
3. **No aceptar expresiones que ocultan o tienden a ocultar la verdad.** Estas actitudes no pueden ser acogidas con indiferencia. Son demasiado importantes como para dejarlas pasar por alto; no hay que olvidar que el niño construye su juicio moral en conformidad con el de los adultos. La actuación de los padres deberá ser siempre la más adecuada, acompañada de cariño y comprensión, pero dejando bien clara la idea de que no es aceptable ninguna forma de expresión que pretenda sustituir la verdad.
4. **No tomar como “gracia” el hecho de ocultar la verdad.** El intento de ocultar o disimular la verdad no se puede admitir como algo sencillamente “gracioso”. Menos todavía reír la ocurrencia o el pretendido ingenio manifestado; de esta forma se estimulan las actitudes de esta naturaleza y se distorsiona el juicio moral del niño.
5. **Evitar la complicidad.** Los miembros adultos de la familia deben huir de actitudes en que, por causa de algunas mentiras consideradas como leves (por ejemplo: “di que no estoy en casa”), puedan incitar al niño a participar con ellos o en lugar de

ellos para decirla. Esto podría ser calificado de comportamiento nocivo y comprometer seriamente el desarrollo moral del niño.

6. **Evitar la represión brutal.** Una educación severa que trate de corregir los más mínimos errores, con exceso de advertencias y amenazas, terminará generalmente malogrando la autoridad que se pretende e induciendo al niño a ocultar la verdad, por temor a recibir el castigo correspondiente.
7. **Actuar con responsabilidad.** Algo que debe tenerse en cuenta es que siempre resultará «más fácil prevenir que curar». Educar en un clima de veracidad puede representar un esfuerzo en algunos casos; sin embargo, cuando un niño se ha acostumbrado a ocultar la verdad porque han fallado las condiciones ambientales necesarias de honestidad y veracidad, resultará mucho más difícil ayudarlo a adquirir el hábito de ser veraz. ¹³

Se dice que en cierta ocasión le preguntaron a Aristóteles qué ganaba un hombre con decir una mentira. Su respuesta fue muy precisa: «Que nadie le crea cuando dice la verdad». En este sentido, no podemos encontrar un ejemplo mejor que el de Cristo nuestro Salvador: «[Jesús en su juventud] Poseía una paciencia que nada podía vencer, y una veracidad de la cual nadie podía apartarlo». ¹⁴

Referencias:

1. Cf. Amauri Castillo, “Efectos de la mentira” en *Una vida feliz*. Disponible en: <http://unavidafeliz.com/2008/03/11/efectos-de-la-mentira/> [Consulta: 20 noviembre 2011].
2. Elena White, *El conflicto de los siglos*, pág. 487.
3. Ciriaco Izquierdo, *El mundo de los valores*. Edit. Torino, Caracas, 1998, pág. 254.
4. *Ibid.*
5. Elena White, *El discurso maestro de Jesucristo*, pág. 60.
6. Elena White, Carta 74, 1900; citado en *La conducción del niño*, págs. 462-463.
7. Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 396.
8. Julián Melgosa, *Para adolescentes y padres*, pág. 173.
9. Cf. *Ibid.*, págs. 173-174.
10. Elena White, *Good Health*, enero de 1880, citado en *La conducción del niño*, pág. 139.
11. Elena White, *Review and Herald*, 13.4.1897, citado en *Ibid.*
12. Elena White, *A fin de conocerle*, pág. 42.
13. Esta sección ha sido tomada, resumida y adaptada de Tierno, B. - Escaja, A., *Saber educar hoy*. Edit. Planeta, Barcelona, 2000.
14. Elena White, *The Youth's Instructor*, abril 1872; citado en *Hijos e hijas de Dios*, pág. 153.



La tolerancia



En 1995, las Naciones Unidas declararon el día 16 de noviembre de cada año como el “Día Internacional de la Tolerancia”. En él se pretende fomentar entre la comunidad mundial este valor fundamental para la convivencia.

No es mala idea. El mundo sería un lugar mejor si, al menos un día al año, todos fuésemos tolerantes con los demás. Sin embargo, la realidad nos revela, por un lado, que la tolerancia no se ejerce ni siquiera ese único día al año; y por otro, que aunque se respetara ese día mundialmente, la iniciativa seguiría resultando insuficiente, al menos a nivel familiar.

¿Por qué? Porque para que una familia sea hogar y ese hogar sea feliz hay que declarar cada día “día mundial de la tolerancia”.

En ocasiones, la tolerancia con los demás se asemeja mucho a la paciencia. Podríamos decir que cuantos más miembros tiene una familia, más necesitada está de ella. ¿Qué familia numerosa no recuerda, si echa la vista atrás, esas mañanas ajetreada de baños, carreras por los pasillos, desayunos rápidos, manchas inoportunas y niños que, llorando, se quejan a los padres por pequeños “grandes” disgustos? Los efectos de la tolerancia y la paciencia, en estos casos, son igual de positivos.

En otras ocasiones, la tolerancia se parece mucho al respeto. De hecho tiene connotaciones compartidas. El simple respeto por lo ajeno. Todo lo ajeno. Hasta lo que no gusta.

Definiendo la tolerancia

Sin embargo, la tolerancia de forma especial, es de esas virtudes ambivalentes que necesitan ser descritas con más precisión para ser entendidas. Y más aún para poder aplicarlas. ¿Qué es y qué no es la tolerancia? ¿Qué implica? ¿Es siempre buena o deseable?

El diccionario la define como el ‘Respeto a las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias’. La frase final es clave: cuando son diferentes o contrarias a las propias. Y es que, si no se da ese matiz, no podemos hablar de tolerancia sino de conveniencia.

Es fácil respetar al otro cuando comparte mis ideas, creencias, formas de pensar o costumbres. Es decir, cuando no molesta. Cuando el que vive junto a mí –mi próximo o prójimo– se me parece tanto que no lo distingo, la armonía no implica ningún esfuerzo. Y esto no es malo. Es simplemente improbable.

¿Por qué? Porque tarde o temprano, la relación entre dos o más personas producirá puntos de vista, percepciones, expresiones y conductas diferentes. Cuantas más personas, más elementos diferentes. Y si cuando llega ese momento la diferencia no se percibe como riqueza o libertad ajena, sino como amenaza o molestia, el conflicto está garantizado. Es entonces cuando la tolerancia debe salir al rescate de la convivencia.



Daniel Bosqued
Licenciado en Teología.



¿Es siempre buena la tolerancia?

Si la entendemos como el respeto a lo diferente y a la libertad de los demás, toda tolerancia en este sentido es positiva. Sería deseable que los miembros de la familia aprendieran a aceptarse entre ellos a pesar de sus diferencias, y terminaran por respetar al resto de la humanidad sin fijarse en ellas.

Sin embargo, “tolerar” también tiene otra connotación no tan positiva. Etimológicamente proviene del latín *tolerare* que significa ‘soportar’. De ahí la noción de aguantar, permitir, pasar por alto; y aquí es preciso matizar muy bien, porque en ocasiones esta tolerancia no es buena. ¿Hay que pasar por alto todo? ¿Dónde están los límites entre lo tolerable y lo intolerable?

En nuestra sociedad hay conductas frente a las que se aplica el principio de “Tolerancia cero”. Por ejemplo, contra el maltrato a la mujer. Y es que hay cosas que se consideran intolerables. Y así debe seguir siendo. Como dijo el escritor Edmund Burke: «Hay un límite en que la tolerancia deja de ser virtud». La tolerancia debe tener el límite de la libertad ajena, y el principio sustentador del amor. Por eso es deseable reaccionar contra todo tipo de mal, especialmente dentro de la familia. Esto no es intolerancia, sino todo lo contrario.

Tolerancia mal comprendida

Uno de los campos donde la tolerancia ha sido peor comprendida es la educación. En los últimos años se ha llevado al extremo de la permisividad, y los efectos han sido devastadores en el hogar y en la escuela. A toda una generación de niños y adolescentes se les ha “tolerado” demasiado. Casi todo. No se han

puesto límites en tiempo y forma precisos, y en la actualidad, un buen grupo de filósofos, educadores e incluso jueces están comenzando a explicar los efectos de ese error.

En ocasiones los hijos acusan a los padres de intolerantes en el ejercicio de su paternidad, y no entienden que parte de su responsabilidad como padres es precisamente poner límites. Siempre con amor, pero con firmeza. Los padres no deben tolerarlo todo. Deben fomentar el bien y desterrar el mal. Y eso, lejos de convertirlos en intolerantes, los convierte en educadores de la tolerancia.

¿Por qué? Porque la verdadera tolerancia requiere distinguir con nitidez entre el bien y el mal, entre verdad y error. Por eso, el primer paso dentro de la familia consiste en desarrollar fuertemente los valores morales. Aprender a distinguir la voluntad de Dios para el hombre y no temer «darle al pecado el nombre que le corresponde [...] aunque se desplomen los cielos» (Elena White, *La educación*, pág. 54).

Dios es tolerante

Otra acepción de la tolerancia es la de permitir temporalmente un mal que se puede evitar, con el fin de obtener un bien mayor. Esta noción de tolerancia es delicada y compleja, porque el mal nunca se debe justificar y, como hemos señalado, hay cosas que jamás se deben permitir. Sin embargo, encontramos en la Biblia ejemplos en los que Dios tolera el mal de forma limitada en el tiempo. Toleró al hombre y su pecado con el fin de conseguir un bien mayor para el propio hombre. Un claro ejemplo lo constituye la parábola de la cizaña (Mat. 13) en la que se describe el trato de Dios al mundo como un ejercicio

de tolerancia y paciencia. Una tolerancia que tiene como fin último la salvación del hombre y la vindicación del carácter de Dios ya que, según se revela en la Biblia, la voluntad divina es que «nadie se pierda, sino que todos se conviertan» (2 Ped. 3: 9).

En este sentido, para nosotros, la correcta aplicación de la tolerancia pasa por un rechazo completo del pecado, pero un profundo amor hacia el pecador.

Matices de la tolerancia

José Ramón Ayllón, en su libro *Desfile de modelos: análisis de la conducta ética*, describe perfectamente dos matices en el concepto de tolerancia. Hay un matiz pasivo que implicaría “pasar” de los demás. Se suele enunciar con un “que cada uno haga lo que quiera”, que se parece al respeto, pero que no lo es. No surge de la aceptación del prójimo como un ser diferente pero amado, sino que se vive con la lejanía y la frialdad de la indiferencia. Eso no es tolerar, es ignorar la existencia.

El matiz positivo de la tolerancia, en cambio, se asemeja mucho a la solidaridad, al compromiso y a la benevolencia. Implica una aceptación plena del otro *con* sus diferencias e incluso *por* sus diferencias.

La descripción de estos matices es parecida a la enseñanza de Jesús sobre el mandamiento del amor. Una cosa es “no matar”, pero otra muy diferente es amar (cf. Mat. 5: 21-22). La tolerancia pasiva sería equivalente a “no matar”. Permitiría un trato frío, distante, resignado y casi rencoroso por el sacrificio de la aceptación. Algo así como: “tolero, pero no olvido”. Esta tolerancia no es constructiva. Es un mero espejismo. Un volcán activo que tarde o temprano entra en erupción trayendo a colación todas las veces que se ha “tolerado algo a alguien”.

La tolerancia activa se asemeja al amor no solo en su fondo sino en su forma. Puesto que el amor «no guarda rencor» —es decir, no lleva la cuenta—, el que tolera algo a su prójimo, olvida mientras lo hace. El trato del tolerante no puede permitir la distancia de la indiferencia, sino que implica la aceptación solidaria. Esto no solo es tolerar, sino abrazar la existencia.

¿Cómo cultivar la tolerancia?

Se ha dicho que la tolerancia es fácil de aplaudir, difícil de practicar, y muy difícil de explicar. Y es que resulta a veces complicada por lo confuso de los límites de lo tolerable. En ese sentido, ya hemos comentado que un

primer paso tiene que ver con los fundamentos morales de la familia. Aprender a diferenciar entre el bien y el mal y optar siempre por el bien. El ajeno y el propio, por ese orden.

Un segundo paso hacia la tolerancia en la familia consiste en sentirse "tolerado". Igual que con el perdón, quien lo ha disfrutado está mejor preparado para compartirlo. Por eso es importante educar a los niños en la tolerancia comenzando a practicarla entre padres e hijos. Siempre dentro de los límites de la autoridad paterna, el niño que se sienta tolerado en su diferencia y respetado en su libertad, podrá salir del núcleo familiar preparado para la vida en un mundo diferente, complejo y conflictivo. Un mundo, en definitiva, en el que la tolerancia sea la clave del éxito.

Un tercer paso para cultivar la tolerancia debe pasar por la comprensión de las necesidades y puntos de vista de todos los miembros

de la familia. Una de las principales fuentes de conflicto interpersonal surge precisamente de la incomprensión y los fallos en la comunicación.

Para comenzar a construir el respeto al otro, es preciso conocerlo. Por ello sería recomendable fomentar periódicamente un diálogo sereno en la familia, quizá semanalmente, en el que todos los miembros puedan exponer sus expectativas, puntos de vista, peticiones y sugerencias. A partir de estos planteamientos, se puede ejercer la tolerancia como una especie de "negociación colectiva", basada en el cariño, en la que se puedan hacer concesiones y se alcancen logros.

Finalmente, la tolerancia no se puede plantear como un simple malabarismo entre las necesidades de unos y los planteamientos

diferentes de otros. La verdadera tolerancia, en su vertiente positiva, es mucho más que un ejercicio intelectual y pasa por una actitud interior de aceptación plena y amor en acción.

En este sentido, la tolerancia llega a ser un "fruto del Espíritu" que proviene de Dios, y que solo él es capaz de implantar en el corazón. De ahí el ideal que, como cristianos, estamos llamados a cumplir, cultivando este y otros frutos en nuestra vida, y comenzando en nuestras familias: *«Por lo tanto, como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de entrañable compasión, de benignidad, humildad, mansedumbre y tolerancia»* (Col. 3: 12).



La espiritualidad

¿Cuál es la percepción que tenemos acerca de la vida, de la existencia? Vivimos en un mundo visible, objetivo, material, observable por medios científicos y gobernado por leyes de la naturaleza. Pero creemos también en la existencia de otro mundo, invisible, teniendo como centro a Dios, lleno de ángeles y seres celestiales leales a Dios. Al mismo tiempo, creemos en la existencia de una realidad invisible del mal formada por Satanás y muchos seres que le obedecen. Todo esto se manifiesta de un modo que, para nosotros, entra en la categoría de sobrenatural.

Pero, ¿cuál es la relación entre los dos mundos, el natural y el sobrenatural? Allí es donde intervienen términos como fe, oración, revelación, devoción personal y adoración colectiva. Se trata, en cierto modo, de mirar e interpretar la realidad visible a la luz de la invisible. Esto es lo que recibe el nombre de espiritualidad, la zona de conexión entre los dos mundos que se sobreponen y se influyen.

Es fácil observar que, en la sociedad actual, este territorio de encuentro entre los dos mundos es cada vez más pobre, más descuidado. Incluso los que no niegan la existencia de Dios son escépticos en relación a las posibilidades de tener una relación con él. Entre nosotros hay muchos que han deseado tener fe, tener una relación cercana con Dios y la convicción de que se implica en sus vidas. Pero algo se ha perdido y ahora oscilan entre la esperanza y la desesperación, o se refugian en una indiferencia deseada.

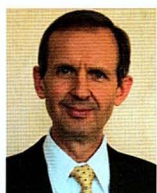
Dios está muy interesado en formar parte de nuestra vida: «Dije a gente que no invocaba mi nombre: «¡Aquí estoy, aquí estoy!» (Isa. 65: 1). Aparte de las vías

objetivas, impersonales, a través de las cuales quiere ganar nuestra atención y estimular nuestra fe en él (la naturaleza, en toda su complejidad; o la historia, que da testimonio sobre una dirección, una voluntad sobrehumana que conduce todo), ha ordenado un espacio protegido, privilegiado, en el cual nazcan la fe y el amor hacia él, en el cual la espiritualidad sea moldeada y bien orientada. Este espacio es la familia.

La familia: lugar privilegiado para la formación espiritual

El hecho de que haya tantas dificultades, incluso tragedias en las familias, no tiene que eclipsar la idea clave que Dios tuvo cuando creó la familia: la Divinidad es única; sin embargo, vive en relación, y el mejor paralelismo a través del cual podemos conocer este misterio es la familia. Dios nos dice al mismo tiempo dos cosas importantes: que ha hecho al hombre a su semejanza, y que lo ha hecho hombre y mujer. Y al final del Antiguo Testamento, como una herencia para el siglo venidero, Dios nos inspira sagrado respeto hacia la familia, describe la comunicación espiritual en ella y promete una intervención sobrenatural para rehacer la armonía y la fortaleza de la familia: «Porque Jehová es testigo entre tú y la mujer de tu juventud [...] y la mujer de tu pacto» (Mal. 2: 14); «Entonces los que temían a Jehová hablaron entre sí; Jehová escuchó y oyó» (3: 16); y «Os envió al profeta Elías [...] él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres» (4: 5, 6).

En el Nuevo Testamento, Jesucristo y los apóstoles Pedro y Pablo, cuando hablan acerca de la familia, la



Adrian Bocaneanu
Licenciado en Teología.

visten la misma luz celestial y dicen que todo tiene que ser hecho «en el Señor» (1 Cor. 7: 39).

La espiritualidad empieza en el espíritu

Nuestra tendencia, cada vez que se nos presenta un ideal de naturaleza espiritual, es precipitarnos a buscar soluciones prácticas y preguntarnos qué es lo que tenemos que hacer. No nos sentimos cómodos permaneciendo en un territorio que no podemos controlar, conscientes de nuestra degradación en comparación con la perfección divina. Queremos escapar cuanto antes, contentos de haber dado a Dios al menos una satisfacción mínima y salir de una zona incómoda para nosotros. Hacemos lo mismo que los israelitas en el monte de Sinaí. Preocupados por la manifestación excepcional de la presencia divina e impacientes por volver a sus preocupaciones de cada día «Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos» (Éxo. 24: 7). No es de extrañar que no hayan conseguido cumplir su promesa. Es por eso que Dios nos llama la atención: «Porque no saldréis apresurados, ni iréis huyendo porque Jehová irá delante de vosotros, y vuestra retaguardia será el Dios de Israel» (Isa. 52: 12).

La espiritualidad tiene que ser cultivada en el espíritu, en el pensamiento, en la reflexión personal: «Meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad» (Salmo 4: 4). «En la conversión y en el reposo seréis salvos» (Isa. 30: 15).

Esta es la práctica que tienen que repetir con regularidad el esposo y la esposa distanciándose de las preocupaciones diarias y deteniendo el asalto cruel de las informaciones de todo tipo: aprender a estar a solas con Dios. «Todos los que están bajo la dirección de Dios necesitan silencio, cuando comunican con su propio corazón, con la naturaleza, y con Dios. En ellos se tiene que ver una vida que no se asemeja con el mundo, con sus costumbres y con sus hechos, y los creyentes necesitan de una experiencia personal de conocimiento

de la voluntad de Dios. Nosotros tenemos que llegar todos a oír su voz hablando a nuestros corazones. Cuando no se escuchan otras voces y en silencio esperamos delante de Él, el silencio de dentro hará que se escuche mejor la voz de Dios. Por esto nos dice: “Parad, y ved que yo soy Dios”» (Elena White, *Consejos sobre la salud*, edición rumaniana, pag. 43).

La búsqueda de un tiempo tranquilo en presencia de Dios puede requerir también ciertos sacrificios, de los cuales nos habla el apóstol Pablo en 1 Corintios 7: 1-5. Se necesita de una disciplina del pensamiento, de la cual nos ha hablado Jesús en el Sermón del Monte (Mat. 6: 25-33). Gran bendición viene sobre la familia que está preparada cuando la presencia divina desea manifestarse, tal y como dice el Señor: «María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada» (Luc. 10: 42).

Cuando los padres cultivan esta experiencia feliz de la reflexión, vuelven a la vida diaria transformados y espiritualmente poderosos, y los niños desearán conocer también la alegría de la meditación y la comunión con Dios. Aquí es donde comienza la espiritualidad, sin la cual todas las prácticas y deberes religiosos se vuelven superficiales e incluso dañinos. En vez de amonestar a los hijos que no son fieles, en vez de darles órdenes sin resultado del tipo: “¡Coge la Biblia y lee algo! ¡No te das cuenta de que lo necesitas?”, sería más beneficioso llevarles a la naturale-

za, y compartir con ellos con cariño lo que significa Dios para nosotros, animándoles a que ellos mismos tengan una experiencia auténtica con él.

La espiritualidad sana: una ayuda, no un freno al crecimiento

Es muy fácil, abatidos por nuestros fracasos y desanimados por la respuesta espiritual pobre de los otros miembros de la familia, acumular vergüenza, culpa y desesperación respecto a lo que tiene que ser la parte más feliz de nuestra vida, la espiritualidad. Y como no es muy fácil cargar con tantos sentimientos negativos, enseguida comenzamos a proyectarlos hacia los demás, sobre todo hacia los niños, que cargan con una culpa enferma con la cual no saben qué hacer. Sin embargo, existe un camino mejor, un modo de mirar y tratar a los niños y a los jóvenes que les transmita valor, confianza, optimismo, motivación para resistir al mal y crecer hacia el bien.

«Esta juventud necesita una mano tendida con simpatía. Palabras de bondad, pequeños gestos con simpleza despejaron las nubes de tentaciones que se reúnen sobre sus almas. Palabras sinceras de simpatía nacida del Cielo tienen el poder de abrir la puerta de sus corazones que necesitan la fragancia de palabras cristianas llenas del espíritu de amor de Cristo. Si demostráramos interés para los jóvenes, si les invitáramos a nuestras casas y les rodeáramos con influencias refrescantes,



muchos dirigirían sus pasos hacia el camino que sube» (Elena White, *Consejos sobre la salud*, pág. 258).

La espiritualidad en el trabajo

Si la espiritualidad, como hemos visto antes, representa la conexión entre el mundo visible, material, y la realidad celestial, significa que todo puede ser transformado. No hay una línea definida de demarcación entre las cosas y actividades espirituales y las mundanas, sino que todo puede ser marcado por la espiritualidad, todo puede ser visto a la luz de la gracia, del amor y de la salvación.

Ir a la escuela o al trabajo diario se transforma en un ejercicio de fe, una ocasión permanente de descubrimiento del Creador. Un gran científico decía que cuando investigaba, buscaba los pensamientos de Dios. El poeta Arghezi, en un verso visionario de su libro *Testamento*, nos muestra al campesino que trabaja el campo en un acto de encuentro con la divinidad:

«Porque a Dios, pisando cerca,
se le ve la sombra entre los bueyes».

La espiritualidad a la hora de comer

El hecho de que la oración que acompaña la comida sea una de las prácticas religiosas más frecuentes, tiene un significado especial, siendo un reconocimiento de nuestra dependencia de Dios en un área tan importante de la vida. A pesar del progreso científico y de la abundancia de comida, seguimos reconociendo nuestra dependencia de Dios. De hecho, en la mesa se manifiesta el poder de Dios y, en igual manera, el sacrificio de Jesucristo.

«A la muerte de Cristo debemos aun esta vida terrenal. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo, o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan. Está reflejada en cada manantial. Todo esto enseñó Cristo al designar los emblemas de su gran sacrificio. La luz que resplandece del rito de la comunión realizado en el aposento alto,

hace sagradas las provisiones de nuestra vida diaria. La despensa familiar viene a ser como la mesa del Señor, y cada comida un sacramento» (Elena White, *El Deseado de todas las gentes*, pag. 615).

La espiritualidad en la crisis y en el sufrimiento

La vida de ninguno de nosotros está exenta de injusticias y dolores. Llevamos a la familia nuestros problemas personales y, a veces, nos producimos unos a otros problemas innecesarios. La luz que viene del trono de Dios nos da una nueva perspectiva sobre todo ello. Entendemos que no somos enemigos los unos de los otros, sino que tenemos que luchar en contra de un enemigo común. Creemos que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Rom. 8: 28).

«Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3: 1, 2) nos dice el apóstol Pablo, mostrándonos el camino hacia una espiritualidad viva y vencedora.



El perdón

«Antes que llegara el primer año de hambre, le nacieron a José dos hijos, los cuales le dio a luz Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. Llamó José al primogénito, Manasés, porque dijo: "Dios me hizo olvidar todos mis sufrimientos, y a toda la casa de mi padre". Al segundo lo llamó Efraín, porque dijo: "Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción"» (Gén. 41: 50-52).

En esta ocasión vamos a avanzar un paso más hacia una familia con valores redescubriendo el poder del perdón. Abordar el tema del perdón no es fácil. Muchos lo consideran trivial. Otros piensan que ya dominan el tema. Llegando a la Biblia, la dificultad comienza con la variedad de ejemplos relacionados con el perdón, así como la multitud de consejos y mandamientos divinos. ¿Qué escoger? Si el enfoque para este tema lo buscamos en los estudios seculares, también tenemos dificultades. Algunos autores argumentan en contra de la necesidad del perdón.¹ Otros apoyan la idea del perdón gradual o parcial. Por otro lado, están los estudios que avalan los beneficios del perdón para la salud física y mental.²

En muchos casos, las relaciones humanas, así como la interacción entre los individuos y las culturas, generan tensiones, malentendidos y conflictos. A menudo, en los casos de injusticia, la venganza se ve como la única solución. Otros prefieren el individualismo, la tolerancia y, como respuesta al conflicto, toman la opción de aislarse.

El perdón completo es de otro mundo, es celestial. Se trata de un acto, o mejor dicho, de una actitud, de una manera de ser que se desarrolla en un hogar basado en valores que no son comunes. El perdón total requiere cualidades que vienen más allá de nuestros recursos humanos porque provienen de Dios.

José: modelo de perdón completo

La historia de José y su familia nos habla acerca de un grave conflicto, lleno de intrigas, traición, mentiras y hechos que parecen ser irreparables. Sin embargo,

esta historia nos muestra también la belleza del perdón que conduce a la completa curación de las heridas hechas en el marco de la familia, y la recuperación de las relaciones dañadas. Más allá del dolor por ser vendido por sus hermanos, de la injusticia de la casa de Potifar o del emocionante reencuentro con su familia, en la vida de José hay un evento esencial que prepara la restauración de la unidad familiar.

A lo largo de los siete años de prosperidad en Egipto, José vive la experiencia de la curación de su alma, y esta está expresada en el significado de los nombres dados a sus dos hijos, Manasés y Efraín (Manasés, 'olvido' y Efraín, 'fructífero, que produce fruto'). Entiendo que, en esta experiencia, el olvido es lo primero. La fructificación viene después, nunca lo precede.

En el libro de Zacarías encontramos un pasaje que, además de ser una profecía mesiánica, representa también una realidad a menudo presente en lo cotidiano: «Y si alguien le pregunta: "¿Qué heridas son estas en tus manos?", él responderá: "Las recibí en casa de mis amigos"» (Zac. 13: 6). La familia es donde vivimos las situaciones más felices y pasamos nuestros mejores momentos, pero también es donde se producen con frecuencia las heridas más dolorosas.

Cada familia se enfrenta a dificultades. Más allá de esto, sin embargo, una familia unida encuentra soluciones. La curación plena no puede venir del retraimiento, ni de los actos aislados de perdón, sino de la una actitud de perdón constante, acompañada por el olvido y el desarrollo relacional. Cuando algo falta en tu relación matrimonial, cuando el bienestar en tu familia sigue siendo un ideal lejano, tienes que recor-



Sergiu Eduard Gavril
Pastor de la Iglesia
de Madrid-Eben-Ezer.

dar que Efraín (“el fructífero”) no nació hasta después de que fuera Manasés (“olvido”). El olvido, en este sentido profundo y bíblico, no se refiere a amnesia (en el primer reencuentro con sus hermanos, José está comprobando si ellos han cambiado sus actitudes para que las cosas malas del pasado no se repitan).³ El olvido consiste en aceptar el poder curativo de Dios en tu vida. Es aceptar el pasado, vivir para el presente y soñar con un futuro mejor. El olvido como resultado de la intervención divina es un atributo fundamental del perdón completo.

Manasés “olvido”, Efraín “fructífero” doblemente. Mientras Manasés nos habla del olvido y de la reconciliación con el pasado, por doloroso que sea, Efraín es más que fructificación: es fructificación doble.⁴ Este nombre se puede vincular a los siete años fructíferos en Egipto. Pero su relevancia va más allá y nos habla de las bendiciones recibidas por la familia de José. Los beneficios del perdón son mucho mayores que lo que hemos sacrificado. Hay beneficios personales; para el cónyuge, si es el caso; y para los niños, quienes son recompensados también. La fructificación es siempre doble.

«Dios me hizo olvidar [...] Dios me hizo fructificar» Los trastornos de memoria son motivo de preocupación, investigación y tratamiento. E incluso en esta situación, quienes olvidan con tanta facilidad, a menudo recuerdan las heridas que les fueron causadas. El perdón acompañado por el olvido es un regalo de Dios. Cuando perdonemos y olvidemos nos acercaremos mucho al carácter divino: «Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados» (Isa. 43: 25). ¡Qué bueno es cuando podemos vivir esta experiencia con nuestro Dios! ¡Qué bonito es cuando nos damos cuenta de que tanto el olvido como la fructificación doble vienen de Dios y se reflejan en toda la familia como una bendición!

El perdón: elementos prácticos

¿Cómo pudo José perdonar y olvidar, en un país donde se representaba el ideal en una represalia inmediata?⁵ Elena White escribió: «Mientras tanto, José y sus amos iban en camino a Egipto. Cuando la caravana marchaba hacia el sur, hacia las fronteras de Canaán, el joven pudo divisar a lo lejos las colinas entre las cuales se hallaban las tiendas de su padre [...]. Entonces sus pensamientos se dirigieron al Dios de su padre. En su niñez se le había enseñado a amarle y temerle [...]. Y

había comprendido el amor manifestado por Dios al proveer un Redentor para los hombres. Ahora, todas estas lecciones preciosas se presentaron vivamente ante él. José creyó que el Dios de sus padres sería su Dios. Entonces, allí mismo, se entregó por completo al Señor, y oró para pedir que el Guardián de Israel estuviese con él en el país a donde iba desterrado».⁶

José conocía la historia de su padre con Esaú, el conflicto con los habitantes de Siquem y la reacción de Jacob.⁷ También, sabía del encuentro entre Jacob y Dios. Ahora, en el momento de caminar solo, tiene junto a él un valioso Acompañante. En su mente estaba presente lo que se construyó durante la infancia.

Aunque nuestra experiencia puede ser menos dramática que la de José, siempre llega un día cuando nuestros niños toman su propio camino. ¿Qué valores se llevan con ellos en estos días difíciles? El espíritu del perdón que se enseña y se ejemplifica en la familia será un compañero fiable.

Vivir el perdón de Dios. José había aprendido el amor de Dios. Puede ofrecer el perdón completo el que vivió el perdón divino. «Antes sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Efe. 4: 32). No solo es que estamos perdonados en la medida que perdonamos, sino que tenemos el poder de manifestar la misma actitud únicamente tras experimentar la gracia divina. El perdón divino nos inspira y al mismo tiempo nos obliga: «Entonces, llamándolo su señor, le dijo: “Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?”. Entonces su señor enojado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas» (Mat. 18: 32-35).

¡Yo te perdono! Sí, el perdón es lo primero. El perdón no está sujeto a una solicitud. El perdón es la forma de ser de una persona restaurada por medio del poder divino. José perdona y olvida mucho tiempo antes del encuentro con sus hermanos. Jesús lo hace desde lo alto de la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Luc. 23: 34).

¡Perdóname! Existe también la necesidad de demandar el perdón. ¡Y qué ayuda supone saber que te diriges a alguien que ya te ha

ofrecido el perdón en su corazón. ¡Solo ahora es oficial el acto! De David aprendemos que la solicitud del perdón debe ser siempre específica: «¡Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado!» (Salmo 51: 2). En lugar de cosas generales, la petición de perdón define específicamente la ofensa cometida: “Por favor, ¡perdóname porque...!”

Una relación mejor. El perdón genuino no solo nos restaura al punto donde nuestra relación estaba antes del conflicto. Nos conduce a una relación mejor. Después del olvido y la fructificación, la familia de José llega a Goshen. Es el lugar donde, con la bendición divina, nacerá una nación. Aquí se construye una gran familia que vivirá en los años futuros el milagro del éxodo, la experiencia del camino hacia Canaán.

Lo mismo ocurre en la relación de Dios con la familia humana. Después de la cruz y la redención, los redimidos serán puestos no solo en la posición de Adán y Eva antes de la caída. Los redimidos estarán mucho más cerca de Dios que la familia humana al principio. El problema del pecado estará solucionado para siempre. Se cumplirá la profecía que nos dice que la aflicción «no se levantará dos veces» (Nah. 1: 9).

¡Construyendo familias con valores! En la condición de pecado, el perdón como una manifestación de la gracia divina es un valor fundamental. Entre todos los demás valores, el perdón es fácil de explicar, pero es ¡tan difícil ejemplificar! De hecho, el perdón completo es imposible para una persona que no ha experimentado la plenitud de la gracia divina en su vida. Que Dios nos ayude en este momento auspicioso, cuando los siete años de sequía están aún por adelante, teniendo en nuestras familias a Manasés y Efraín. ¡Amén!

Referencias:

1. Jeanne Safer, *Forgiving and Not Forgiving: Why Sometimes It's Better Not to Forgive*. Harper Perennial, Nueva York, 2000.
2. C. E. Thoresen, A. H. S. Harris & F. Luskin, *Forgiveness and health: An unanswered question* en M. E. McCullough, K. I. Pargament, & C. E. Thoresen, *Forgiveness: Theory, research, and practice*. Guilford Press, Nueva York, 2000, págs. 254-280.
3. Génesis 44.
4. Warren Wiersbe, *Be Authentic: An Old Testament Study*, Chariot Victor Publishing, Colorado Springs, 1997, pág. 103; H. C. Leupold, *Exposition of Genesis*. Baker Book House, 1987, pág. 1194.
5. La Paleta de Narmer; Ariz Bryen, *Violence, law, and society in Roman and antique Egypt*, Chicago, IL, 2008.
6. Elena White, *Patriarcas y profetas*. ACES, págs 214-215.
7. Génesis, capítulos 28 y 34.

Los valores de Dios



Dentro del marco de la familia, hemos estado reflexionando a lo largo de toda la semana sobre diferentes y muy importantes valores: la amistad, la humildad, el dominio propio, la veracidad, la tolerancia, la espiritualidad y el perdón.

Si buscamos el origen de cada uno de estos valores, encontraremos que la fuente de todos ellos está en Dios. Él es el origen de todo «*don perfecto*» (Sant. 1: 17).

Los valores son la esencia de la identidad, la médula misma del carácter, lo que define al ser, ya sea Divino o humano. Sin embargo, en Dios toman la dimensión de lo absoluto y de lo irrenunciable por formar parte de su misma naturaleza. Un ejemplo podemos verlo en la fidelidad: «*Si somos infieles, él permanece fiel; no puede negarse a sí mismo*» (2 Tim. 2: 13). Es esta condición de no dependiente de nada lo que hace al valor más valioso. Este nivel solo se alcanza en Dios, pero nos inspira en el camino a recorrer.

Jesús: la expresión de los valores de la Divinidad

Jesús es «*la imagen del Dios invisible*» (Col. 1: 15), «*el resplandor de su gloria, y la fiel representación de su ser real*» (Heb. 1: 3). En él se expresan todos los maravillosos valores de Dios. En su vida pública los mostró cuando recorría los caminos, interesándose

en las personas, curando a los enfermos, tratando con cariño y esperanza a los pecadores...

Pero hay unos momentos y un lugar especialmente álgidos en la manifestación de los valores de la Divinidad expresados en la vida y obra de Jesús: los momentos en que enfrenta el sacrificio por cada uno de nosotros en la cruz. Esos últimos días antes de morir, y ese último día en la cruz, son sublimes en expresión de su naturaleza.

La amistad de Jesús

Ya el tiempo estaba cercano, y el tema de la muerte estaba muy presente en la mente de Jesús: «*Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos*» (Juan 15: 13).

Cuando, poco tiempo después, eleva la que conocemos como su oración sacerdotal, sus palabras toman tono de intimidad: «*Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; [...] a los que me has dado, guárdalos en tu nombre [...]. Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*» (Juan 17: 9, 11, 14).

En el capítulo 14 se había sentido preocupado por ellos: «*No se turbe vuestro corazón [...]. Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy vosotros también estéis*».



Antonio Martínez
Pastor y psicólogo
(Orientación Familiar).

Jesús es amigo y, como todo amigo, quiere estar con ellos, especialmente en sus momentos más críticos, como sucede con Pedro, Andrés y Juan: «*Mi alma está abrumada de una tristeza mortal; quedaos aquí, y velad conmigo*» (Mat. 26: 38).

Como amigo sintió el dolor de no verse correspondido en esa ocasión, pero su amistad no era condicional. Y la mirada a Pedro fue la de un amigo que comprende y ama. Y la mirada a Juan desde la cruz fue la mirada del amigo que sigue confiando.

La humildad de Jesús

«*No tuvo el ser igual a Dios como cosa a la que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo [...]. Obediente hasta la muerte y muerte de cruz*» (Fil. 2: 6-8).

Jesús vino a esta tierra, pero tan importante como que viniera a morir por nosotros es recordar desde dónde vino. Dejó los cielos, la gloria, la armonía, la paz, la perfección, la pureza... para acercarse al ser humano, a nosotros.

Nació en un pesebre y murió en una cruz, instrumento de tortura sobre el cual

iba ser «*tenido en nada*» (Mar. 9: 12). Nada igual podía ser imaginado por el hombre, nada tan grande y sublime, nada tan noble y desinteresado. Por ello, cuando Jesús nos dice: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*» (Mat. 11: 29), sus palabras tienen el filo agudo de una espada que «*penetra hasta los tuétanos*» (Heb. 4: 12).

Desde la cruz, desde lo alto de ella, a todos nos atrae hacia él. Y es que la humildad atrae tan poderosamente como el orgullo aleja. «*Si fuere levantado, a todos atraeré a mí mismo*» (Juan 12: 32). Su humildad, su amor humilde, su entrega humilde, su sacrificio silencioso –«*como oveja fue llevado al matadero [...]* y no abrió su boca» (Isa. 53: 7)– son tan poderosos en su atracción que “rompe” las moléculas de nuestro orgullo, abatiéndonos para luego construirnos.

El dominio propio de Jesús

Hay unas palabras recurrentes en los alrededores de la cruz: «*Si eres [...] des-*

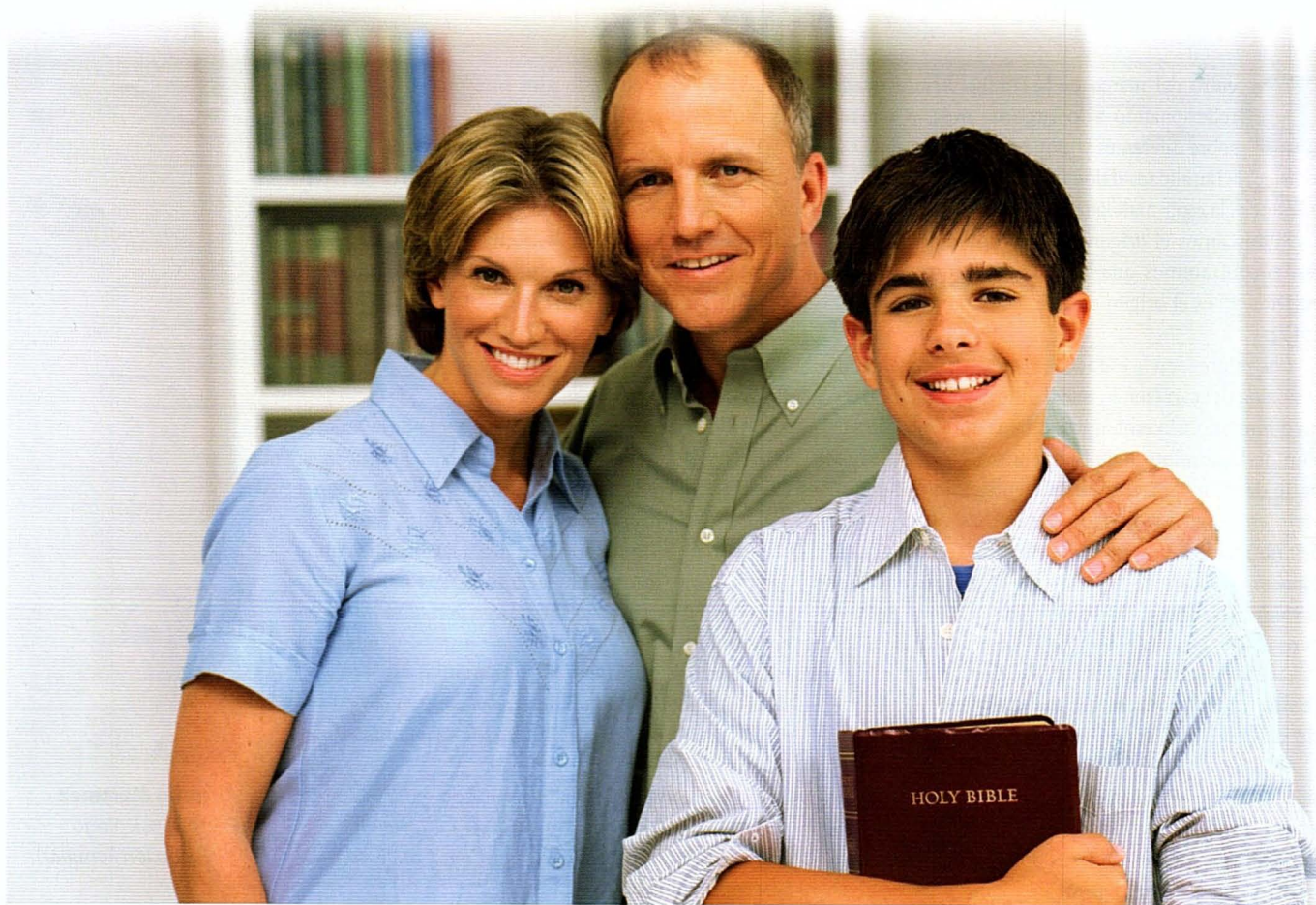
ciende» (Mat. 27: 40). Las pronunciaron los sacerdotes, los soldados y aun los dos ladrones que le acompañaban en lo alto de sus cruces.

Una orden, un gesto, quizás un solo pensamiento, era necesario para que todo aquello acabara, para que cesara el sufrimiento, para que quedara manifiesta su razón, su condición real, su poder...

Pero Jesús no descendió, permaneció en lo alto de la cruz, siguió sufriendo, padeciendo aquella afrenta, consumando su destino, aquel al que le habían llevado nuestros pecados.

Jesús nos dejó el más grande ejemplo de dominio sobre uno mismo. Ya lo había hecho en Getsemaní cuando no se negó a recorrer el camino hacia la cruz, a pesar de sentir «*una angustia mortal*»; después lo hizo en la propia cruz no descendiendo ante las palabras que lo retaban.

Un día, aquellos que le dijeron «*Si eres...*» verán que no descendió porque lo era, porque «*verdaderamente era el Hijo de Dios*» (Mat. 27: 54).



La veracidad de Jesús

«Ni se halló engaño en su boca» (Isa. 53: 9). Las palabras de Jesús coincidían con sus miradas, con sus gestos y con sus actos porque antes coincidían con sus pensamientos y sus sentimientos. No había en Jesús ni asomo de engaño, ni un instante de mentira. En él todo era verdad, y por ello podía identificarse con ella y decir: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan 14: 6).

Pedro, en alguna ocasión, dudó de Jesús, de que lo que dijera fuera verdad, como cuando le invitó a introducir la barca en el lago para pescar a plena luz del día, y también en otras ocasiones. Sobre todo, lo hizo cuando Jesús le dijo que le iba a negar tres veces. Sin embargo, también eso fue verdad.

No dudemos de nada que nos diga Jesús, porque todo es y será verdad. Y la “mayor” verdad que pronunció la dijo desde la cruz el que nos quiere con un amor infinito.

La tolerancia de Jesús

Su vocación era salvar, y fue muy tolerante con las personas que le rodearon a lo largo de su vida pública. Se mezcló con pecadores, y pudo ver la miseria humana, el egoísmo, la vanidad... y fue tolerante con todos. Su misión, su propósito, el pensamiento que le invadía era recuperar, reconstruir, salvar. Y eso le llevaba a acercarse a cada persona en la condición en la que esta se encontraba, como hizo con Pilato (¡qué oportunidad desperdició!), y con aquel ladrón en la cruz (¡qué oportunidad aprovechó!).

La tolerancia conduce a la aceptación de la diferencia, pero sobre todo se hace grande cuando el otro interfiere, incomoda o aun daña en alguna medida tu comodidad, tu paz, tus derechos. Jesús se vio vulnerado en todo y por casi todos, judíos y gentiles, paganos y creyentes (Hech. 4: 27), y lo toleró: «deja tu espada en su lugar» (Mat. 26: 52).

La espiritualidad de Jesús

Jesús es, una vez más, la expresión máxima de un valor. Su personalidad rebosa espiritualidad, trascendencia, profundidad... La reflexión y la oración eran la esencia de su vida. Sus madrugadas con el Padre, sus noches de oración... Todo alimentaba su espiritualidad, y por ello de «la abundancia de su corazón» (Luc. 6: 45) surgían palabras que

eran capaces de elevar a los hombres desde lo mundano a los valores espirituales del Reino de Dios. Así fue en cada diálogo, o en sus predicaciones públicas, como en el Sermón del Monte.

Pero en la cruz es donde lo material y lo espiritual se expresan en la forma más cruda, mostrando hasta qué punto lo primero quedará supeditado a lo segundo, y es cuando más evidente se hace que «el Reino de los Cielos se había acercado» (Mat. 4: 17). Jesús, en la cruz, es capaz de sentir en medio del



dolor «el gozo puesto delante de él» (Heb. 12: 2). No podía ser otro gozo que el espiritual. Su cuerpo quebrantado, dolorido hasta el extremo, no podía aportarle gozo sino sufrimiento, pero Jesús es capaz de trascender más allá de lo material, y de su propia materia, para vislumbrar el definitivo y victorioso Reino de Dios.

El perdón de Jesús

¡Cuántas veces los seres humanos ponemos límites al perdón! Y llegamos incluso a racionalizar el resentimiento argumentando

nuestros motivos, que a veces son grandes y otras no tanto.

Pero, aun en el caso de que el daño causado haya sido grande o reiterado, y aunque no nos hayan pedido perdón o reconocido la afrenta, Jesús nos dijo que debíamos perdonarnos (Mat. 18: 21, 22, 23-35), lo cual no exime de responsabilidad al ofensor, pero salva a la víctima. De no ser así, quedamos presos en una cárcel que no precisan ser de piedra, y bajo unos verdugos que no necesitan ser de carne. Quedamos, ya en esta tierra, y antes de que vuelva el Señor, en una prisión dura dentro de nuestra propia mente.

Jesús dijo que debemos perdonar «de corazón cada uno a su hermano» (Mat. 18: 35), y no establece un listado de condiciones que debe satisfacer el ofensor para ser perdonado.

La Divinidad, en su «Consejo de Paz» (Zac. 6: 13), consideró que solo a través de su sacrificio y del perdón, la raza humana podría ser rescatada (Luc. 23: 34). Y en la cruz, lo que antes fue un pensamiento, tomó la forma de intensa realidad y de ejemplo supremo. Ante las ofensas y el martirio, pidió perdón para aquellos que le estaban haciendo daño físico y moral de una forma inmisericorde.

Los valores de Dios

Los valores de Dios, expresados en la vida y en la muerte de Jesús, no se agotan en los mencionados, pero sí se pueden ver bellamente representados en los que nos han acompañado a lo largo de esta semana.

Todos estos valores son expresión de lo que Dios quiere ver desarrollado en nuestras vidas y en nuestros hogares, y también, finalmente, en nuestras iglesias.

Todos estos valores, sin duda, estuvieron presentes en los deseos de Jesús en su oración sacerdotal: «para que todos sean uno [...] como tú y yo somos uno» (Juan 17: 21). Cuando los valores de Dios toman forma de hombre y de mujer, de padre y de madre, de hijos y de hermanos, entonces el paisaje que emerge, como el sol en un hermoso amanecer, es la unidad anhelada por Jesús, la unidad en los hogares y en la iglesia.

Y entonces «el mundo creará» (Juan 17: 21), y «conocerá que Dios los ha amado» (Juan 17: 23).

No quiero soñar más

Música: Alvaro Calvo Ramón

Letra: Eunice Cañizares Doménech

1.

Hoy, soñando, mi buen Dios,
y pensando en ti, anhelándote un día más,
necesito ver tu rostro.
En un mundo donde el Sol
es brillante aún, e ilumina así la oscuridad.
También tú brillas en mis días
mientras llega el tiempo de poder estar entre tus brazos,
verte, y poder hablar.
Ven a buscarme, pues ya no puedo esperar.

2.

Hoy, soñando, mi buen Dios,
y pensando en ti, en el día en que por mí vendrás,
y por fin veré tu rostro.
Y es que quiero abrazarte y escuchar
de tus labios: "hijo mío, ven.
Porque he venido a buscarte y alzar el vuelo junto a ti.
Llegar hasta mi casa juntos; dejar de soñar".
Despertar en un mundo donde mis hijos contigo crecerán.
Donde las flores no mueran por disfrutarlas, y el mar sea de cristal.
Mi Dios no quiero soñar más.
Quiero llegar a casa juntos, poderte abrazar
y responderte: "Valió la pena esperar".